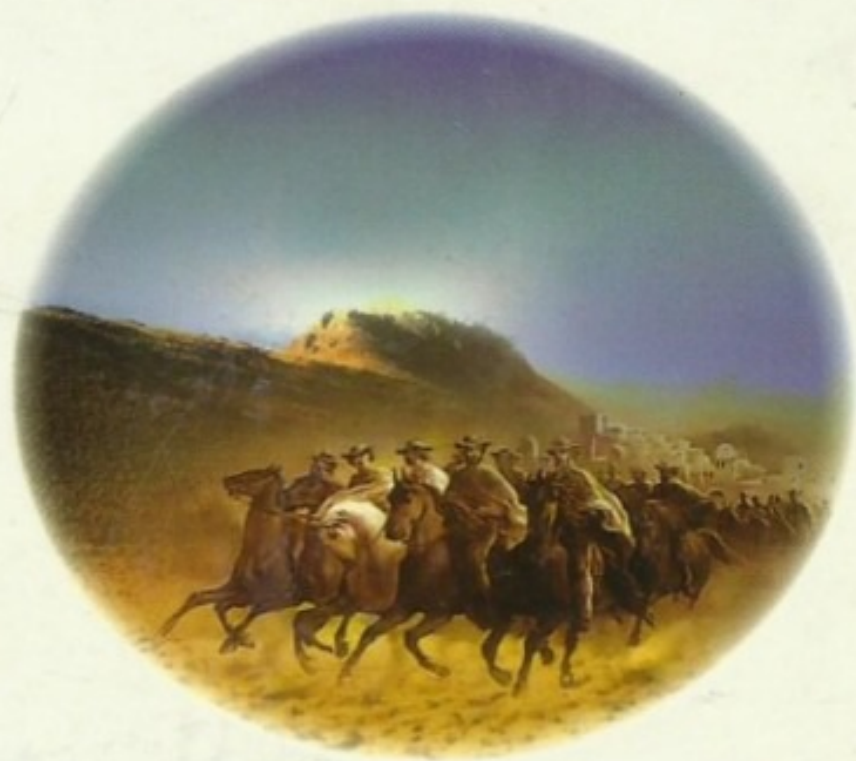


*E. Echeverría*

# La Cautiva

El Matadero



se

Las dos obras, expresión del Romanticismo rioplatense, tienen propuestas estéticas distintas: "La cautiva" construye en forma de poema la geografía pampeana e instala en ese espacio el enfrentamiento brutal de dos culturas. "El matadero", escrito en prosa y con lenguaje crudo y popular, enmascara en su ficción la crítica al régimen de Rosas. En el estudio que acompaña la edición, ambas obras sirven de motivo para renovar un planteo que nos sigue tocando de cerca: el problema de la alteridad (el indio, el mazorquero, o quien en nuestros días sea visto como "otro") y la necesidad de clasificarlo en un universo de sentidos.



Esteban Echeverría

# **La cautiva - El matadero**

ePub r1.0

MuadDib 09.05.14

Título original: *La cautiva / El matadero*

Esteban Echeverría, 1840

Retoque de cubierta: MuadDib

Editor digital: MuadDib

ePub base r1.1



# **Echeverría: Política y literatura**

Esteban Echeverría es uno de los intelectuales y escritores más importante de la historia argentina, aunque no ha sido tan valorado como Sarmiento o Alberdi. Quizás porque muere los 45 años en Montevideo, en el exilio político, antes de Caseros y de la derrota de Rosas (1852), se ha conformado a lo largo de nuestra cultura cierto opacamiento respecto a la consideración de sus aportes fundamentales a la literatura y al pensamiento en la Argentina. Echeverría no sólo fue el primer escritor en proponer una literatura nacional, que inicia con *La cautiva*, sino también el ideólogo de una nueva opción política, fundada en el socialismo saintsimoneano, ante el gobierno de Rosas y diferente a la postura ideológica de los unitarios seguidores de Rivadavia, como los hermanos Juan Cruz y Florencio Varela, y es quien logró aglutinar en torno a sus ideas a un grupo de jóvenes políticos e intelectuales de su misma generación como Alberdi, Gutiérrez, Sarmiento y otros. Pero aún más, a sus escritos políticos más destacados, como el *Dogma socialista* que publicó en 1948, precedido por la *Ojeada retrospectiva*, en Montevideo, se le debe agregar el reconocimiento por sus artículos sobre sucesos políticos contemporáneos como la Revolución de 1848 en Francia (“Revolución de febrero en Francia” y “Sentido filosófico de la revolución de febrero en Francia”) y sus preocupaciones y proyectos sobre la educación, como puede verse en su *Manual de Enseñanza Moral* (1846), editado en Montevideo, una ciudad sitiada por varios años y en medio de una guerra civil prolongada y cruenta. A lo que habría que sumarle sus polémicas con Rivera Indarte y con Pedro de Angelis, su producción poética durante el largo exilio uruguayo<sup>[1]</sup>, las lecturas que pronuncia en el Salón literario hacia 1837, y no olvidarnos de *El matadero*, ese relato escrito en su estancia de Los Talas hacia 1839-40, poco antes de iniciar su destierro en el vecino país oriental, que fue publicado póstumamente en 1871 por su amigo Juan María Gutiérrez.

## **Las ideas, la literatura y la acción política**

En la trayectoria de Echeverría existen tres etapas fundamentales. En principio

cuando hacia 1825 viaja a Europa y comienza su formación intelectual y de escritor en París; luego el momento en que regresa después de cinco años a Buenos Aires y comienza a publicar sus primeros poemas, funda el Salón Literario y llega a ser el líder intelectual de ese grupo de jóvenes escritores y pensadores políticos que conforman la llamada generación del 37<sup>[2]</sup>. Finalmente, está el período de su exilio, en Colonia primero y luego en Montevideo, a partir de 1840 y hasta su muerte ocurrida en 1851.

Podría decirse entonces que si bien Echeverría ya había comenzado su formación intelectual en Buenos Aires con sus estudios de latín y filosofía en el Departamento Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires, cuya perspectiva iluminista era general para la época, esa formación se volverá más sistemática y actualizada durante su estadía en Francia, donde realiza lecturas de Byron, Hugo, Lamartine, Vigny, Goethe, Chateaubriand y de los discípulos del socialismo utópico de Saint-Simon, como Fourier y Leroux, y concurre a las clases sobre Humanidades que se dictan en La Sorbonne en París. Es justamente el momento donde el Romanticismo se ha impuesto en Europa y se opera un cambio fundamental en el desenvolvimiento del arte y la literatura. Digamos que los escritores y artistas han comenzado a tener una identidad social de carácter profesional y se reúnen en torno a los cenáculos, ese nuevo espacio institucional en la conformación de un campo intelectual con una relativa autonomía, como ha calificado a este proceso Pierre Bourdieu. Echeverría toma también en la ciudad luz clases de artes visuales y estudia guitarra con maestros que siguen la escuela española de Fernando Sor. A diferencia de otros intelectuales de su generación, que han viajado a Europa beneficiados por las becas del gobierno de Rivadavia, Echeverría lo hace apoyado por los propietarios del comercio donde trabaja en Buenos Aires, la casa Sebastián Lezica Hermanos, quienes lo envían con una misión laboral a la filial que la empresa exportadora tiene en París.

Cuando Echeverría regresa a Buenos Aires en 1830 encuentra a Rosas en el gobierno, y cambios significativos en la estructura económica del país, donde se observa la consolidación y gravitación creciente de los ganaderos bonaerenses. Es necesario recordar que a partir de 1810, dos cuestiones fueron fundamentales para las Provincias Unidas del Río de La Plata: la guerra por la independencia y la organización del Estado Nación. En relación a esta última se perfilaron desde un comienzo dos sectores enfrentados: el que representaba a los intereses de los

ganaderos y comerciantes de Buenos Aires y el de los caudillos del Interior. Lograda la Independencia, las contradicciones en la lucha por el poder entre los sectores bonaerenses económicamente más opulentos se acentúan y los hechos se desencadenan. Cuando Echeverría viaja en 1925 al Viejo Mundo, el proyecto unitario de Rivadavia está en pleno desarrollo, quien en pocos meses después asumirá como presidente. El joven intelectual y escritor que retorna en 1830 está lejos de compartir los presupuestos ideológicos de los unitarios. Será Echeverría, fundamentalmente el que se encargará de elaborar, como decíamos, una alternativa diferente a la de las dos partidos enfrentados. Junto a sus ideas socialistas y de democracia va incorporar los principios revolucionarios de Mayo para formular el modelo de un proyecto político nacional. En este orden de ideas es posible entender las dos “lecturas” que pronuncia en el Salón Literario de Marcos Sastre, su papel protagónico en la fundación de la Joven Argentina y sus principios políticos desarrollados posteriormente en el Dogma Socialista (precedidos por la Ojeada retrospectiva...). Esta obra resume su programa político y es uno de los análisis más significativos de su época. Si se considera esta labor de ensayista a partir de las mencionadas Lecturas, podría decirse que Esteban Echeverría es el fundador de una corriente socialista en la historia del pensamiento político argentino que se diferencia, por su adhesión a los postulados del socialismo utópico, del liberalismo tradicional del siglo XIX. No obstante, algunas interpretaciones intentan colocarlo como precursor de esta modalidad política del liberalismo que se cristalizará en la Argentina a partir de 1880. En realidad, Echeverría por su militancia en el socialismo utópico llegó a asimilar en sus propuestas políticas “la crítica premarxista al sistema capitalista de producción y apropiación” de su época, como señala Félix Weinberg<sup>[3]</sup>.

«Nuestros sabios, señores, han estudiado mucho pero yo busco en vano un sistema filosófico, parto de la razón argentina y no la encuentro; busco una literatura original, expresión brillante y animada de nuestra vida social, y no la encuentro» expresa Echeverría en su primera Lectura en el Salón Literario. El contexto cultural no presentaba hasta 1830 otra posibilidad que el Neoclasicismo de los poetas de Mayo. Los ecos de su poesía patriótica persistirán casi como un recuerdo de las gestas revolucionarias. En lo cultural, especialmente, todo está por hacerse. Aunque no se han publicado libros de poemas, la poesía se ha difundido y se continúa difundiendo en publicaciones periódicas. Los modelos neoclásicos

españoles son una marca que los recorre como una herencia virreinal que poco se cuestiona. La necesidad de un cambio se convertía en una exigencia que Echeverría no sólo interpreta: también elaborará una respuesta. Si bien se apoyó en los modelos europeos del Romanticismo, su actitud, como la de los intelectuales de su generación, significó un salto cualitativo en la búsqueda de una literatura y las bases de una cultura nacional. La renovación literaria comenzó a gravitar con *Los consuelos* (1834), el primer libro de poemas firmado con su nombre y el primero publicado por un poeta argentino y culminará con *La cautiva* que, con otros poemas, conforma el volumen de *Rimas*, aparecido en 1837. La crítica de la época celebra unánimemente en esta obra la intención consciente de incorporar el “color local”, la naturaleza americana a la poesía. Una propuesta, en realidad, en torno al lenguaje y la literatura que impugnaba los modelos neoclásicos españoles y instituía la afirmación de un decir nuevo. Con *El matadero* –a pesar del desconocimiento de los motivos de por qué no lo publicó en vida y de las encontradas opiniones con respecto a su género– Echeverría añade a este momento fundacional de las letras argentinas, la apertura hacia una línea narrativa realista y crítica.

## **Romanticismo y una propuesta de literatura nacional**

El interés de Echeverría por la poesía data del período en que vivió en Francia, fue en París en donde, además de sus estudios y lecturas formativas, se dedica a leer a los clásicos españoles del Siglo de Oro y, después de muchos esfuerzos, dice él mismo en un texto autobiográfico, logró manejar el verso en la lengua castellana. Sin embargo, años después, ya en su país, será cuando se inicie como poeta y publique sus primeros poemas, adoptando los modelos románticos a las circunstancias históricas va a elaborar su obra de mayor significación. Con la aparición de *Elvira* o *La novia del Plata* (1832), inaugura de alguna manera ya el Romanticismo en nuestra literatura. Sin embargo, su programa estético se concreta, como decíamos, con más claridad en *Los consuelos* y *La cautiva*. Si bien el rechazo por la poesía neoclásica y la propuesta de los postulados románticos es lo nuevo, el rol del escritor y la concepción cívica o ética de la poesía es semejante a la de los poetas de la Independencia. En este período –y en todo el siglo XIX – la



literatura y el arte dadas las circunstancias históricas no se conciben en el Río de la Plata de otra forma que subordinados a una dinámica política –la literatura no es una actividad específica, el escritor está lejos de alcanzar la profesionalización que comienza a darse durante el Romanticismo en Europa–y es por eso que autores como Echeverría, Alberdi o Mármol de algún modo se inclinan por una versión del Romanticismo rioplatense más cercana a la tendencia social del Romanticismo europeo. Se podría afirmar que Echeverría realiza una “traducción” del modelo estético de la poesía romántica europea a las circunstancias sociales y culturales de la sociedad argentina, en el sentido de apropiación y reelaboración de un modelo estético de otra cultura, como lo entiende Iuri Lotman<sup>[4]</sup>. Ya en el epílogo de *Los consuelos*, Echeverría manifiesta su concepción de la poesía:

Preciso es –señala– que [la poesía] aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes, sentimientos y pasiones, nuestros sociales intereses...

Pero es en el prefacio a las *Rimas*, titulado “Advertencia” –que Juan María Gutiérrez consideró como “la primera clave de su doctrina literaria”–, donde Echeverría precisa mejor los objetivos que pretendía alcanzar con *La cautiva*. Expresa que su principal designio es “pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto”, y para no reducirla a lo meramente descriptivo coloca “dos seres ideales, dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio”. Y asevera que ha elegido el desierto porque es “nuestro más pingüe patrimonio”, del cual no sólo hay que extraer “riquezas para nuestro engrandecimiento”, sino también “poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional”. En tal sentido, se observa en el poema un mayor esfuerzo en la elaboración de cuadros y descripciones, aspecto que contribuye al carácter estático de los personajes, que apenas logran perfilarse como tales. Ángel Battistessa señala que, aunque correcta, no es pertinente considerar la endeblez psicológica de los personajes centrales, observada por varios críticos, ya que Echeverría sólo pretende presentar personajes arquetípicos, en el sentido de figuras representativas de valores genéricos y universales, constante que puede verificarse, además, en los poemas “Avellaneda” y “El ángel caído”.

En la “Advertencia” se hace una efusiva afirmación de la originalidad en el uso del lenguaje, por el hecho de incorporarse “locuciones vulgares”, y en la forma o

metro elegido, que debe ser el que más se ajuste al pensamiento y no a las clasificaciones establecidas por los preceptistas neoclásicos. Se destaca, además, la importancia del ritmo poético como música o canto vital que hace posible que la poesía “captive los sentimientos y obre con más eficacia en el alma”<sup>[5]</sup>. Hay que recordar, por otra parte, que Echeverría, tal vez por la influencia de lecturas de Herder y Schlegel, y de la cultura francesa posterior a 1830, tuvo un particular interés por la canción como expresión de carácter popular. Inclinación que se remonta a su juventud, cuando con su guitarra frecuentaba los suburbios de Buenos Aires. Todas sus ideas sobre este aspecto están reunidas en su ensayo “Proyecto y prospecto de una colección de canciones nacionales” (1836). Si bien este cancionero no llegó a realizarse, es conocido el éxito que tuvieron muchos pasajes de *La cautiva* cantados con música de Pedro Esnaola. Félix Weinberg en su libro ya mencionado le dedica un capítulo<sup>[6]</sup> al estudio del tema, donde señala que “las canciones escritas por Echeverría son generalmente composiciones amatorias, tiernas, melancólicas” y da cuenta de la popularidad y el éxito que tuvieron en Buenos Aires en esos años previos al destierro de su autor. También que la difusión y la recepción popular de estas canciones, que eran usuales en fiestas y serenatas, llega hacia 1937 a Montevideo y, que aún durante el exilio de Echeverría, se siguen cantando en Buenos Aires en plena época de su enfrentamiento con Rosas. Curiosamente esa fama del poeta continúa en Buenos Aires y se llega a reeditar en esta ciudad *Los consuelos* (1842), con la aprobación de su autor, y una reedición “pirata” de *Rimas* en 1846. Dentro de los escritores de este momento de la realidad argentina es quizás Echeverría el que más definitivamente encarna la figura del poeta, en la dimensión romántica de esta configuración en el modesto contexto literario del Río de la Plata de esos años. Digamos que en ese momento esta imagen alcanza un reconocimiento y una proyección más popular que la del ensayista y militante político. Paradójicamente, la crítica más canónica lo rescata literariamente por *El matadero*, obviamente un relato de gran originalidad y eficacia literaria, o por sus ideas políticas y desestima veladamente sus méritos líricos. Si bien la literatura para los escritores de este período histórico era concebida como un medio para entender y transformar la realidad política -cuyo paradigma es Sarmiento-, en el caso de Echeverría puede percibirse a lo largo de su vida una tensión entre la literatura y la política, que se manifiesta en una oscilación entre períodos de aislamiento voluntario para

preservar la escritura poética y momentos de síntesis donde la política es el hilo hegemónico de su producción y accionar.

Después de *La cautiva*, la obra poética de Esteban Echeverría se inspira en hechos políticos concretos, donde prima esos momentos de síntesis que señalábamos. Es la etapa más álgida de su lucha contra Rosas, la de su destierro. En ese contexto comienza a escribir, antes de emigrar al Uruguay, *La insurrección del Sur*, que concluye en Montevideo en 1847. Luego publica *El ángel caído* (1846), poema dramático inspirado en el *Don Juan* de Byron y en el que intenta un examen de su tiempo; y *Avellaneda* (1849), en homenaje al compañero de la Joven Argentina fusilado en Tucumán. Sin embargo, ninguno de estos textos pudo alcanzar la valoración canónica de *La cautiva*, precisamente por la propuesta que esta obra hace de una literatura nacional

## **La cautiva: un poema fundacional**

La edición de *Rimas* (1837), que incluía a *La cautiva*, tuvo en su momento un éxito inmediato. En *El Diario de la Tarde* Juan María Gutiérrez escribió un elogioso comentario. De esta primera edición se enviaron 500 ejemplares a Cádiz, que se agotaron rápidamente. Y debido a la repercusión alcanzada se reimprimió en España a los pocos meses. También tuvo una favorable recepción por parte de los principales críticos neoclásicos: los hermanos Juan Cruz y Florencio Varela, quienes pese a sus reparos estéticos reconocieron su importancia. Según Félix Weinberg, Echeverría habría escrito *La cautiva*, “poema de la pampa, en una casita de Buenos Aires” hacia 1836. Y *El matadero*, relato de arrabal, en su campo de Los Talas, años después<sup>[7]</sup>. Lo cierto es que el enfrentamiento con el indio y el conocimiento de la pampa han sido vividos de cerca por Echeverría en su estadía en la pequeña estancia Los Talas, que explotaba junto a su hermano en las cercanías de Luján, en donde tuvo, antes de partir a Uruguay, la difícil experiencia de vivir algo muy similar a un “exilio interior”.

El conflicto en la provincia de Buenos Aires con los asentamientos indígenas es un problema crucial de la época. Al incorporarlo Echeverría a la literatura inaugura una temática que va a marcar a toda la literatura argentina posterior hasta fines del siglo. Es significativo, por otra parte, para ver hasta qué punto se relaciona con esa

problemática de la sociedad argentina de ese momento, que el poema se publicó tres años después de la exitosa expedición de Rosas al Desierto. Como sugiere Weinberg en su ya citado libro sobre Echeverría, es un momento propicio para que alguno de los poetas de la época escriba un poema épico con la Campaña del Desierto y el protagonismo de Juan Manuel de Rosas. Las sugerencias parecen apuntar a la capacidad lírica ya demostrada por Echeverría y en las circunstancias en que, supuestamente, el poeta está bosquejando *La cautiva*<sup>[8]</sup>. Pero la firmeza de las convicciones políticas de Echeverría hacen caso omiso a esas insinuaciones del entorno rosista y escribe sí un poema épico, pero romántico, de ruptura con el Neoclasicismo y pone a una heroína, María, y a un soldado, que luchó por la Independencia en los Andes, simplemente llamado Brián. Un héroe este último que simboliza sin duda la conjunción de un modelo del Romanticismo literario y los ideales de la Revolución de Mayo propagados por Echeverría en sus escritos políticos.

Sarmiento advierte también la importancia de esta obra de Echeverría y utiliza las descripciones del paisaje de *La cautiva* para esbozar su teoría del condicionamiento del medio geográfico en el Facundo y subscribir la propuesta de literatura nacional de Echeverría. Otras interpretaciones han querido ubicar al poema de Echeverría dentro de una poesía gauchesca culta, como es el caso de Ricardo Rojas que, en su *Historia de la literatura argentina*, lo sitúa en el volumen correspondiente a Los gauchescos. Sin embargo, por sus rasgos expresivos y, fundamentalmente, por el tratamiento del lenguaje nada tiene que ver con esa corriente de nuestra literatura. En cuanto a la caracterización del género de *La cautiva* podemos señalar también sus rasgos románticos y su originalidad. Es sin duda un poema narrativo en verso, dividido en nueve partes y un epílogo. Gutiérrez, justamente, acierta cuando trata de describirlo en relación con el modelo del poema épico neoclásico y destaca sus diferencias. “No es épico en el sentido didáctico –dice–, su duración, la calidad de sus héroes, el metro y la versificación.” En cuanto al tema es clara su actualidad y no hay una preocupación mitológica como en la poesía neoclásica. Los héroes no son personajes encumbrados sino corrientes; se da una mezcla de estilos que se verifica en la utilización de un lenguaje directo, en el empleo de un vocabulario local del habla cotidiana que convive con palabras y giros de tono solemne. Utiliza también metros muy variados, con preferencia los que eran característicos de la poesía popular. En

su composición predominan el octosílabo y el hexasílabo, organizados en sextina, décima y romance.

Otro rasgo romántico identificable es la relación que se establece entre la naturaleza descrita y una subjetividad en el trazado de la acción y la psicología de los personajes. Existe una clara correspondencia entre lo cósmico y lo subjetivo que atraviesa como una constante todo el universo representado. Teniendo en cuenta estos caracteres de *La cautiva* es posible describir resumidamente su estructuración textual y analizar sus núcleos significativos más importantes. En la primera parte, “El desierto”, como en el desenvolvimiento de casi todo el poema, el paisaje es el elemento más destacado. Es la base alrededor de la cual se articulan sus sentidos fundamentales. Los rasgos principales son: una descripción genérica y subjetiva del paisaje (es “incommensurable”, “abierto”, “solitario” y “misterioso”); la exaltación del mismo, cuya proyección tiene una armonía más perfecta que la del arte y en relación a él se exalta la genialidad del poeta en una evidente concepción romántica del escritor

¿Qué pincel podrá pintarla  
sin deslucir su belleza?  
Sólo el genio su grandeza  
puede sentir y admirar.

y una oposición entre el genio capaz de apreciar la naturaleza y el indio que aparece situado en ese ámbito armonioso como un elemento primitivo y bárbaro. En el plan de la obra esta primera parte cumple la función de presentar el ambiente donde se desarrollará una anécdota lineal de carácter trágico. María y Brián son sus protagonistas. La primera es una mujer que presenta todas las cualidades del ideal femenino romántico, y el segundo es un soldado que ha luchado en la guerra por la Independencia. En la segunda parte, “El festín”, la descripción asume un carácter más dinámico y concreto. El ritmo del romance parece ajustarse a esta intención. Es también donde predomina el uso de un lenguaje autóctono<sup>[9]</sup>, aunque entrecomillado y con notas del autor, lo que sugiere su toma de distancia y tal vez la posibilidad de facilitar la comprensión para un lector culto o europeo que, obviamente, debería necesitar esa aclaración. Por cierto, es una descripción de la barbarie representada por la “animalidad” del indio, al que no obstante se le

reconocen algunos atributos como el valor y el temple en la lucha contra el hombre civilizado y frente a la muerte. Es, paradójicamente, una de las mejores secuencias del texto, donde pareciera que al sujeto que enuncia (llámesele narrador o voz poética) le seduce la realidad “bárbara” y esa seducción se traduce en marcas fácilmente reconocibles en sus enunciados.

La tercera, quinta, sexta, séptima y novena partes (“El puñal”, “El pajonal”, “La espera”, “La quemazón” y “María”) tienen como protagonista a María y en un segundo plano a Brián. En estos pasaje del poema lo narrativo adquiere más dinamismo, pero en constante supeditación a la presencia del paisaje natural. María reúne las cualidades típicas de una heroína romántica. En su figura se exalta el amor que tiene por Brián como una fuerza capaz de lograr la libertad. Ese sentimiento la mueve también a buscar la venganza como forma de recuperar la honra perdida en su cautiverio. El puñal que esgrime es el instrumento, el arma que la ayuda en sus intentos (“que en este acero está escrito/ mi pureza y mi delito/ mi ternura y mi valor”). En “El pajonal” la descripción es más verosímil, aunque predomina una perspectiva subjetiva en función del ánimo de los personajes. Se intensifican los rasgos de idealización de María que aparece como esposa-amante envuelta de un halo asexuado y etéreo (“flor hermosa y delicada”). Esta idealización alcanza su clímax en el canto siguiente, donde María es presentada como el símbolo de un sentimiento: el amor es su corporalidad (“Sin el amor que en sí entraña ¿Qué sería? Frágil caña...”). Se la califica de “criatura celestial”, no “sujeta a ley humana”. Las fuerzas que mueven a la acción narrativa se pueden resumir aquí en torno al objeto de todo el poema: lograr la libertad, salir de esa región inhóspita. Es María quien salva a su amado Brian y quien con la fuerza de su amor enfrenta a la muerte, y puede superar los obstáculos que la naturaleza le opone. Pero ese objetivo finalmente no se concreta y sobreviene un final trágico. En la parte novena, al morir Brian y al comunicársele que su hijo también ha muerto, no le resta a María otro destino que la soledad y, a su vez, la muerte: ha perdido los objetos que sustentaban su amor, su razón de existir

Dios para amar, sin duda, hizo  
un corazón tan sensible;  
palpitar le fue imposible  
cuando a quien amar no halló.

La alabanza de su belleza y el sentimiento de angustia ante la muerte cierran esta secuencia.

En “La alborada” (cuarta parte), el tema que se desarrolla en relación con la historia principal es la venganza de los soldados, una venganza cruel, pero que aparece moralmente justificada ante “la barbarie” de los indios: “Horrible, horrible matanza/ hizo el cristiano aquel día.” La octava parte, “Brián”, desarrolla una introspección de este personaje, describe la interioridad, el mundo de su conciencia, esos “espectros que engendra el alma”, como dice el poema. También los estados de ánimo, los sentimientos de María son descriptos. Aquí Brián muere y se revela su condición de guerrero de la Independencia. En el epílogo, interesa tener en cuenta cómo se despliegan en la descripción elementos particulares del paisaje y una intención de universalidad. Se articulan, además, creencias populares como la de la “luz mala” y en un tono elegíaco se resume el trágico final.

En La cautiva la oposición civilización-barbarie está planteada pero se resuelve de una manera más atenuada que en “El matadero”, donde no hay posibilidad de síntesis alguna entre esos dos mundos. Aquí la barbarie del indio se atempera porque es presentado como un elemento del paisaje, de la naturaleza. Y el desenlace fusiona a los héroes, que vendrían a representar al mundo civilizado, con la naturaleza, la pampa. No obstante, el objeto de libertad y vida buscado por los protagonistas, no se logra. María y Brián sucumben bajo esa naturaleza que tiene en sí los “gérmenes” de la “barbarie”. En relación a esa oposición principal se dan otras como amor-naturaleza y amor-muerte. También es significativo que Brián, un guerrero idealizado de la gesta de la Independencia aparezca derrotado por las fuerzas bárbaras del desierto y el indio. En este aspecto, y desde una lectura que intente relacionar las ideas de Echeverría con las significaciones del poema, puede reconocerse el planteo inicial de la generación del 37. La concepción de superar elementos negativos para el progreso como el “inconmensurable” desierto (basta recordar la propuesta posterior de Alberdi “gobernar es poblar”) y el problema del indio. Vencer esos obstáculos es parte de un programa para echar las bases de un nuevo país y su organización nacional. Importa también destacar la renovación del lenguaje literario, las innovaciones métricas, su temática de actualidad contextual y su valor fundacional en la literatura argentina.

## **El matadero**

Con la publicación de “El matadero”, no editado por su autor y conocido después de su muerte –treinta años más tarde de la probable fecha de su escritura (1839-40) gracias a Juan María Gutiérrez que lo dio a conocer en la Revista del Río de la Plata (1871) y luego lo incluyó en la edición de las Obras Completas de Echeverría– se abrió un nuevo espacio en la historia de la narrativa argentina. Sin duda, por sus cualidades literarias, es una pieza inaugural del género; pero, también, un texto polémico que ha suscitado distintas interpretaciones críticas. Gutiérrez, desde un principio, le restó importancia y lo consideró un boceto del poema Avellaneda. Después, la polémica se ha centrado en la determinación del género –cuento o cuadro de costumbres. También, a partir de este texto, se ha privilegiado la prosa de Echeverría en desmedro de su obra poética.

Echeverría escribió “El matadero” en el período en que el costumbrismo de Mariano José de Larra (Fígaro) era uno de los modelos más admirados por los escritores argentinos. No debe olvidarse, por otra parte, que la actitud antiespañola de los románticos del ’37 iba dirigido contra la “Vieja España”, la que representaba la tradición colonial y no contra la “Joven España”, liberal y romántica, de la cual Larra y Espronceda eran los principales exponentes. Los artículos de Alberdi en La Moda, firmados con el seudónimo Figarillo, y “Apología del matambre” de Echeverría son quizá –con algún otro texto de Gutiérrez– lo más significativo del costumbrismo rioplatense por ese entonces. Sin embargo, “El matadero”, si bien presenta rasgos costumbristas, como la ironía y lo pintoresco, supera este plano y se proyecta hacia una denuncia política y social<sup>[10]</sup>. Ello se desprende no sólo de los hechos expuestos por un narrador omnisciente, sino también por las opiniones directas que a lo largo del relato van intensificando la univocidad de un sentido (“y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la Federación estaba en el Matadero”). Literatura militante, con un esquema ideológico definido y destinada no sólo a conmover sino a convencer, a influir en la realidad.

Juan Carlos Ghiano señala que las diferentes opiniones sobre el género de “El matadero”, es decir, sobre si es un cuento o un simple cuadro de costumbres, se olvidan de tener en cuenta qué significaban esas expresiones para la época. En ese momento, la literatura tenía tres modelos claves: en poesía Lord Byron, en prosa el Werther de Goethe, y la novela histórica. Pero el cuento no tiene una referencia precisa. Los relatos breves, desde la leyenda a la fantasía poética desarrollada por



los románticos europeos, poco atrajeron a los románticos argentinos. Por otra parte, es probable que no conocieran la obra cuentística de Edgard Allan Poe (1809-1849), un contemporáneo de Echeverría. Tal vez por esto, “El matadero” es apenas un esbozo del relato realista que se desarrollará hacia las últimas décadas del siglo. En su estructura, lo descriptivo predomina sobre lo narrativo, y el autor – como hemos señalado– tiene una presencia muy marcada a través de la voz narrativa en la expresión de afirmaciones o apreciaciones, y los personajes una dimensión simbólica. Son las limitaciones –dice Ghiano– dentro de la confusa concepción del cuento que tuvieron los escritores argentinos de la primera mitad del siglo XIX. En cuanto al valor de sus descripciones, se ha subrayado su carácter impresionista y también cómo sus rasgos costumbristas superan a los modelos españoles.

En un análisis de la estructura narrativa de *El matadero* pueden identificarse seis secuencias o momentos básicos. En la primera hay una referencia general a la época y predomina la ironía. Según Ángel Battistessa, el relato se sitúa hacia 1839, ya que en el texto no está especificado el año, pero sí pueden inferirse sucesos como las inundaciones que la historia del período ha registrado en otros documentos. La segunda se caracteriza por un ajuste cronológico dado a través de una visión caricaturizada del “estado físico y espiritual” de los porteños partidarios de Rosas. Después sigue una referencia a la jornada en la que entran cincuenta novillos al Matadero de la Convalecencia, y un episodio complementario que es el regalo del primer animal al Restaurador. La cuarta secuencia describe minuciosamente al Matadero, sus tareas y actividad general. Hay también una referencia a Encarnación Ezcurra, patrona de ese establecimiento. A partir de la quinta secuencia, la acción pasa a primer plano y abarca los episodios de la fuga del toro, el accidente suscitado por la misma y la muerte del niño. Finaliza el relato con una creciente tensión narrativa que podría ubicarse desde el momento en que aparece el jinete unitario y se producen las vejaciones y su muerte “accidental”.

En las cuatro primeras secuencias, la descripción es lo predominante, hay una presentación casi documental, que se alterna con la ironía, de la época, de la sociedad y del matadero con sus personajes típicos. En las dos últimas, se destaca lo narrativo. Esta peculiaridad del texto ha provocado esa disparidad de interpretaciones respecto a si es cuadro de costumbres o cuento.

En “El matadero” aparecen nítidamente dos mundos enfrentados: el de los

carniceros y demás personajes del matadero, que simboliza al federalismo de Rosas; y el mundo refinado y ultrajado, cuyo arquetipo es el joven unitario. Como horma de otras oposiciones, es clara la división civilización-barbarie. También en el tratamiento del lenguaje, el relato despliega gamas bien diferenciadas. Más vitales y eficaces son los trayectos donde se refieren y relatan los principales acontecimientos protagonizados por los hombres del matadero, esa zona marginal donde Buenos Aires se abría al campo. Echeverría conocía muy bien ese ámbito, porque a los pocos años de su regreso de Francia, en los momentos que había iniciado su accionar contra Rosas desde el Salón Literario, se refugiaba en la casa de su hermano en San Telmo, donde en su vecindad al parecer estaba ubicado el Matadero del Alto, prácticamente en los límites de Buenos Aires para esa época y que hoy es la zona de Barracas.

A partir de la llegada del joven unitario, el lenguaje del relato se vuelve elocuente y solemne. En ambos planos, por otra parte, el lenguaje del narrador – como afirma Noé Jitrik– se fusiona con el lenguaje de sus personajes. Las intenciones del autor se materializan en la obra literaria de modo complejo y no siempre los logros estéticos coinciden con ellas o con la ideología explicitada. En este relato la simpatía por el mundo que representa el unitario es evidente y sin mediaciones. Echeverría se mimetiza con él, aunque esto no ha de concebirse como una adhesión a la política unitaria, pues Echeverría siempre se distinguió de ésta en los hechos y en sus textos doctrinarios. No hay que olvidar que todo aquel que se oponía a Rosas era tildado de “salvaje unitario”, incluso los contrincantes provenientes de sus propias filas. Es revelador, además, cómo en este relato se muestra la imposibilidad de una síntesis entre esos dos espacios y cómo se inclina por uno de ellos, lo que demuestra, en realidad, las limitaciones de la visión romántica y la consideración simplificadora de Echeverría.

La Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37, que precede al Dogma socialista (1846), es, como su título lo indica, un exhaustivo análisis sobre la experiencia de una generación y una época llevada a cabo por uno de sus principales protagonistas. Hemos agregado este ensayo en la presente edición porque consideramos que su lectura es fundamental para reconstruir el momento histórico en que vivió Echeverría, así como para revisar sus ideas, proyectos y frustraciones. Se congregan en este escrito, desde la perspectiva histórica política y social del autor, sus proposiciones en el campo cultural, como,

por ejemplo, el rol de conductor que asumió en el Salón Literario, que es una forma de organización cultural nueva en el Río de la Plata, a semejanza de los cenáculos románticos franceses. También son relevantes sus opiniones sobre literatura latinoamericana, que aparecen aquí vertidas en una refutación polémica al crítico español Alcalá Galiano. Echeverría manifiesta su oposición a la tradición española en tanto la concibe como expresión del despotismo colonial, así como su adhesión a la estética romántica de escritores españoles como Espronceda<sup>[11]</sup> y Larra. Reitera su posición en defensa del arte romántico y la literatura social como única posibilidad para expresar la realidad, americana y española. La “teoría del arte por el arte” –afirma– puede entenderse en Goethe, Walter Scott y hasta cierto punto en Hugo, porque ellos se insertan en otro contexto “donde el ingenio busca lo nuevo por la esfera ilimitada de la especulación”. Cree, además, que el modelo cultural seguido por España es también el de Francia, pero no depurado como en el Río de la Plata, sino desvirtuado, de ahí que no quede a América otra posibilidad que recurrir directamente a las fuentes. De todas maneras, no hay que olvidar que la aspiración de Echeverría en este terreno es la de una síntesis entre lo europeo y las necesidades nacionales. “Tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones –dice en su ensayo sobre la Revolución del 48 en Francia– y el otro en las entrañas de nuestra sociedad”. Aspiración que de algún modo concreta en lo cultural, en la medida en que su obra se realiza como programa y búsqueda de una expresión nacional, pero que en el terreno político fracasa en tanto proyecto de unificar a todos los sectores económicos y políticos, como lo había ya propuesto en sus Lecturas del Salón Literario.

Es significativo el análisis que hace en la segunda de estas intervenciones respecto a la necesidad de desarrollar una industria propia, ya que ve en su inexistencia una dependencia de las naciones europeas. Cuestiona, en este sentido, una economía basada solamente en la exportación de materias primas. Manifiesta además en el texto de esta lectura, una conciencia de las diferencias que existen entre los países industriales europeos y la situación de la etapa poscolonial que atraviesa la Argentina. Dice Echeverría que los economistas europeos elaboran teorías económicas basadas en los modelos de sus países y “ninguno de ellos ha estudiado una sociedad casi primitiva como la nuestra, sino sociedades viejas que han sufrido mil transformaciones y revoluciones”. En la Ojeada... se expone sobre la necesidad de la democracia y la igualdad en nuestro país, algo que ya había

manifestado antes en la mencionada segunda lectura, en la que también –digamos de paso- se refería a la carencia de leyes que protejan la pobreza:

Se han dictado leyes y éstas solo han protegido al poderoso. Para los pobres no se han hecho leyes, ni justicia, ni derechos individuales, sino violencia, sable, percusiones injustas. Ellos han estado siempre fuera de la ley.

Hacia 1950, en el exilio uruguayo, entre las estrategias y elecciones que elige para vencer a Rosas se inclina por cifrar sus esperanzas en el creciente liderazgo de Urquiza, a quien envía un ejemplar del Dogma.

Es necesario desengañarse –señala en uno de sus escritos–: no hay que contar con elemento alguno extranjero para derribar a Rosas. La revolución debe salir del país mismo; deben encabezarla los caudillos que se han levantado.

Sin embargo, no podrá asistir a la materialización de sus deseos. Después de varios años de penurias económicas y del padecimiento de su endeble salud muere el 19 de enero de 1851 en Montevideo. En un pasaje de la Ojeada, sus palabras de un modo profético anuncia este desenlace personal:

Si es nuestro destino morir en el destierro –dice–, sepan nuestros hijos al menos que sin ser unitarios ni federales, ni haber tenido vida política en nuestro país, hemos sufrido una proscripción política y hecho de ella cuanto nos ha sido dable para merecer bien de la Patria.

# LA CAUTIVA

Female hearts are such a genial soil  
For Kinder feeling, whatsoever their nation,  
They naturally pour the “wine and oil”  
Samaritans in every situation.

BYRON

En todo clima el corazón de la mujer es tierra  
fértil en afectos generosos: ellas, en cualquier  
circunstancia de la vida, saben, como la  
Samaritana, prodigar el óleo y el vino.

# EL DESIERTO

*Ils vont. L'espace est grand*  
HUGO

Era la tarde, y la hora  
en que el sol la cresta dora  
de los Andes. El Desierto  
inconmensurable, abierto  
y misterioso a sus pies  
se extiende, triste el semblante,  
solitario y taciturno  
como el mar, cuando un instante  
el crepúsculo nocturno  
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
su inmensidad, y no encuentra  
la vista, en su vivo anhelo,  
do fijar su fugaz vuelo,  
como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
del ave y bruto guaridas;  
doquier cielo y soledades  
de Dios sólo conocidas,  
que Él sólo puede sondar.  
A veces la tribu errante,  
sobre el potro rozagante,  
cuyas crines altaneras  
flotan al viento ligeras,  
lo cruza cual torbellino,  
y pasa; o su toldería<sup>[12]</sup>  
sobre la grama frondosa

asienta, esperando el día  
duerme, tranquila reposa,  
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,  
sublimes y a par sencillas,  
sembró la fecunda mano  
de Dios allí! ¡Cuánto arcano  
que no es dado al vulgo ver!  
La humilde yerba, el insecto,  
la aura aromática y pura;  
el silencio, el triste aspecto  
de la grandiosa llanura,  
el pálido anochecer.

Las armonías del viento  
dicen más al pensamiento  
que todo cuanto a porfía  
la vana filosofía  
pretende altiva enseñar.  
¿Qué pincel podrá pintarlas  
sin deslucir su belleza?  
¿Qué lengua humana alabarlas?  
Sólo el genio su grandeza  
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente  
reclinaba en Occidente,  
derramando por la esfera  
de su rubia cabellera  
el desmayado fulgor.  
Serenos y diáfanos el cielo,  
sobre la gala verdosa  
de la llanura, azul velo  
esparcía, misteriosa



sombra dando a su color.

El aura moviendo apenas  
sus alas de aromas llenas,  
entre la hierba bullía  
del campo que parecía  
como un piélagos ondear.  
Y la tierra, contemplando  
del astro rey la partida,  
callaba, manifestando,  
como en una despedida,  
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero  
relinchaba un bruto fiero  
aquí o allá, en la campaña;  
bramaba un toro de saña,  
rugía un tigre feroz;  
o las nubes contemplando,  
como extático y gozoso,  
el yajá<sup>[13]</sup>... de cuando en cuando,  
turbaba el mudo reposo  
con la fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
que el vasto horizonte ardía:  
la silenciosa llanura  
fue quedando más oscura,  
más pardo el cielo, y en él,  
con luz trémula brillaba  
una que otra estrella, y luego  
a los ojos se ocultaba,  
como vacilante fuego  
en soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,  
con su claroscuro manto,  
veló la tierra; una faja,  
negra como una mortaja,  
el occidente cubrió;  
mientras la noche bajando  
lenta venía, la calma  
que contempla suspirando  
inquieta a veces el alma,  
con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido,  
que suele hacer el tronido  
cuando retumba lejano,  
se oyó en el tranquilo llano  
sordo y confuso clamor:  
se perdió... y luego violento,  
como baladro espantoso  
de turba inmensa, en el viento  
se dilató sonoro,  
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
del ágil potro arrogante  
el duro suelo temblaba,  
y envuelto en polvo cruzaba  
como animado tropel,  
velozmente cabalgando;  
víanse lanzas agudas,  
cabezas, crines ondeando,  
y como formas desnudas  
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba

con su alarido perturba  
las calladas soledades  
de Dios, do las tempestades  
sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
se atreve a hollar el desierto  
cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando  
de salvajes, atronando  
todo el campo convecino.  
¡Mirad! Como torbellino  
hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
del bruto que arroja espuma;  
vaga al viento su melena  
y con ligereza suma  
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?  
¿De qué su gozo proviene?  
¿Por qué grita, corre, vuela,  
clavando al bruto la espuela,  
sin mirar alrededor?  
¡Ved que las puntas ufanas  
de sus lanzas, por despojos,  
llevan cabezas humanas,  
cuyos inflamados ojos  
respiran aún furor!

Así el bárbaro hace ultraje  
al indomable coraje  
que abatió su alevosía;

y su rencor todavía  
mira, con torpe placer,  
las cabezas que cortaron  
sus inhumanos cuchillos,  
exclamando: —«Ya pagaron  
del cristiano los caudillos  
el feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos<sup>[14]</sup> do vivieron  
presa de las llamas fueron,  
y muerde el polvo abatida  
su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy del vituperio,  
sus mujeres, sus infantes,  
que gimen en cautiverio,  
a libertar, y como antes  
nuestras lanzas probarán».

Tal decía; y bajo el callo  
del indómito caballo,  
crujiendo el suelo temblaba;  
hueco y sordo retumbaba  
su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
el rostro en manto nubloso,  
echó en el vasto desierto,  
su silencio pavoroso,  
su sombría majestad.

# EL FESTÍN

*...orribile favelle,  
parole di dolore, accenti d'ira,  
voci alte e fioche, e suon di man con elle  
facevan un tumulto...  
[...hórridas querellas  
voces altas y bajas en son de ira,  
con golpes de manos a par de ellas,  
como un tumulto...]*

DANTE

Noche es el vasto horizonte,  
noche el aire, el cielo y tierra.  
Parece haber apiñado  
el genio de las tinieblas,  
para algún misterio inmundo,  
sobre la llanura inmensa,  
la lobreguez del abismo  
donde inalterable reina.

Sólo inquietos divagando,  
por entre las sombras negras,  
los espíritus foletos  
con viva luz reverberan,  
se disipan, reaparecen,  
vienen, van, brillan, se alejan,  
mientras el insecto chilla,  
y en fachinales<sup>[15]</sup> o cuevas  
los nocturnos animales  
con triste aullido se quejan.

La tribu aleve, entretanto,  
allá en la pampa desierta,  
donde el cristiano atrevido  
jamás estampa la huella,  
ha reprimido del bruto  
la estrepitosa carrera;  
y campo tiene fecundo  
al pie de una loma extensa,  
lugar hermoso do a veces  
sus tolderías asienta.

Feliz la maloca<sup>[16]</sup> ha sido;  
rica y de estima la presa  
que arrebató a los cristianos:  
caballos, potros y yeguas,  
bienes que en su vida errante  
ella más que el oro aprecia;  
muchedumbre de cautivas,  
todas jóvenes y bellas.

Sus caballos, en manadas,  
pacen la fragante yerba;  
y al lazo, algunos prendidos,  
a la pica, o la manea,  
de sus indolentes amos  
el grito de alarma esperan.  
Y no lejos de la turba,  
que charla ufana y hambrienta,  
atado entre cuatro lanzas,  
como víctima en reserva,  
noble espíritu valiente  
mira vacilar su estrella;  
al paso que su infortunio,  
sin esperanza, lamentan,

rememorando su hogar,  
los infantes y las hembras.

Arden ya en medio del campo  
cuatro extendidas hogueras,  
cuyas vivas llamaradas  
irradiando, colorean  
el tenebroso recinto  
donde la chusma hormiguea.  
En torno al fuego sentados  
unos lo atizan y ceban;  
otros la jugosa carne  
al rescoldo o llama tuestan.

Aquél come, éste destriza.  
Más allá alguno degüella  
con afilado cuchillo  
la yegua al lazo sujeta,  
y a la boca de la herida,  
por donde ronca y resuella,  
y a borbollones arroja  
la caliente sangre fuera,  
en pie, trémula y convulsa,  
dos o tres indios se pegan  
como sedientos vampiros,  
sorben, chupan, saborean  
la sangre, haciendo murmullo,  
y de sangre se rellenan.

Baja el pescuezo, vacila,  
y se desploma la yegua  
con aplausos de las indias  
que a descuartizarla empiezan.  
Arden en medio del campo,  
con viva luz las hogueras;

sopla el viento de la pampa  
y el humo y las chispas vuelan.  
A la charla interrumpida,  
cuando el hambre está repleta,  
sigue el cordial regocijo,  
el beberaje y la gresca,  
que apetecen los varones,  
y las mujeres detestan.

El licor espirituoso  
en grandes bacías echan;  
y, tendidos de barriga  
en derredor, la cabeza  
meten sedientos, y apuran  
el apetecido néctar,  
que bien pronto los convierte  
en abominables fieras.

Cuando algún indio, medio ebrio,  
tenaz metiendo la lengua  
sigue en la preciosa fuente,  
y beber también no deja  
a los que aguijan furiosos,  
otro viene, de las piernas  
lo agarra, tira y arrastra  
y en lugar suyo se espeta.

Así bebe, ríe, canta,  
y al regocijo sin rienda  
se da la tribu: aquel ebrio  
se levanta, bambolea,  
a plomo cae, y gruñendo  
como animal se revuelca.  
Éste chilla, algunos lloran,  
y otros a beber empiezan.



De la chusma toda al cabo  
la embriaguez se enseñorea  
y hace andar en remolino  
sus delirantes cabezas.  
Entonces empieza el bullicio,  
y la algazara tremenda,  
el infernal alarido  
y las voces lastimeras,  
mientras sin alivio lloran  
las cautivas miserables,  
y los ternezuelos niños  
al ver llorar a sus madres.

Las hogueras entretanto  
en la oscuridad flamean,  
y a los pintados semblantes  
y a las largas cabelleras  
de aquellos indios beodos  
da su vislumbre siniestra  
colorido tan extraño,  
traza tan horrible y fea  
que parecen del abismo  
precita, inmunda ralea,  
entregada al torpe gozo  
de la sabática fiesta<sup>[17]</sup>.

Todos en silencio escuchan;  
una voz entona recia  
las heroicas alabanzas,  
y los cantos de la guerra:  
«Guerra, guerra, y exterminio  
al tiránico dominio  
del Huinca<sup>[18]</sup>, engañosa paz:  
devore el fuego sus ranchos,

que en su vientre los caranchos<sup>[19]</sup>  
ceben el pico voraz”.

Oyó gritos el caudillo,  
y en su fogoso tordillo  
salió Brián;  
pocos eran y él delante  
venía, al bruto arrogante  
dio una lanzada Quillán.  
Lo cargó al punto la indiada:  
con la fulminante espada  
se alzó Brián;  
grandes sus ojos brillaron,  
y las cabezas rodaron  
de Quitur y Callupán.

Echando espuma y herido  
como el toro enfurecido  
se encaró;  
ceño torvo revolviendo,  
y el acero sacudiendo:  
nadie acometerle osó.

Valichu<sup>[20]</sup> estaba en su brazo;  
pero al golpe de un bolazo<sup>[21]</sup>  
cayó Brián.

Como potro en la llanura:  
cebo en su cuerpo y hartura  
encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega  
el que vivir quiere esclavo;  
pero el indio guapo no:  
Chañil murió como bravo,  
batallando en la refriega,

de una lanzada murió.

Salió Brián airado  
blandiendo la lanza,  
con fiera pujanza  
Chañil lo embistió;  
del pecho clavado  
en el hierro agudo,  
con brazo forzado,  
Brián lo levantó.

Funeral sangriento  
ya tuvo en el llano;  
ni un solo cristiano  
con vida escapó.  
¡Fatal vencimiento!  
Lloremos la muerte  
del indio más fuerte  
que la pampa crió.

Quienes su pérdida lloran,  
quienes sus hazañas mentan.  
Oyense voces confusas,  
medio articuladas quejas,  
baladros, cuyo son ronco  
en la llanura resuena.

De repente todos callan,  
y un solo murmullo reina,  
semejante al de la brisa  
cuando rebulle en la selva;  
pero, gritando, algún indio  
en la boca se palmea,  
y el disonante alarido  
otra vez el campo atruena.

El indeleble recuerdo  
de las pasadas ofensas  
se aviva en su ánimo entonces,  
y atizando su fiereza  
al rencor adormecido  
y a la venganza subleva.

en su mano los cuchillos,  
a la luz de las hogueras,  
llevando muerte relucen;  
se ultrajan, riñen, vocean,  
como animales feroces  
se despedazan y bregan.

Y asombradas las cautivas  
la carnicería horrenda  
miran, y a Dios en silencio  
humildes preces elevan.  
Sus mujeres entretanto,  
cuya vigilancia tierna  
en las horas de peligro  
siempre cautelosa vela,  
acorren luego a calmar  
el frenesí que los ciega,  
ya con ruegos y palabras  
de amor y eficacia llenas;  
ya interponiendo su cuerpo  
entre las armas sangrientas.

Ellos resisten y luchan,  
las desoyen y atropellan,  
lanzando injuriosos gritos;  
y los cuchillos no sueltan  
sino cuando, ya rendida  
su natural fortaleza

a la embriaguez y al cansancio,  
dobla el cuello y cae por tierra.  
Al tumulto y la matanza  
sigue el llorar de las hembras  
por sus maridos y deudos;  
las lastimosas endechas  
a la abundancia pasada,  
a la presente miseria,  
a las víctimas queridas  
de aquella noche funesta.

Pronto un profundo silencio  
hace a los lamentos tregua,  
interrumpido por ayes  
de moribundos, o quejas,  
risas, gruñir sofocado  
de la embriagada torpeza;  
al espantoso ronquido  
de los que durmiendo sueñan  
los gemidos infantiles  
del ñacurutú<sup>[22]</sup> se mezclan;  
chillidos, aúllos tristes  
del lobo que anda a la presa

De cadáveres, de troncos,  
miembros, sangre y osamentas,  
entremezclados con vivos,  
cubierto aquel campo queda,  
donde poco antes la tribu  
llegó alegre y tan soberbia.  
La noche en tanto camina  
triste, encapotada y negra;  
y la desmayada luz  
de las festivas hogueras  
sólo alumbra los estragos

de aquella bárbara fiesta

# EL PUÑAL

*Yo iba a morir, es verdad,  
entre bárbaros crueles,  
y allí el pesar me mataba  
de morir, mi bien, sin verte.*

*A darme la vida tú  
saliste, hermosa, y valiente*

CALDERÓN

Yace en el campo tendida,  
cual si estuviera sin vida,  
ebria la salvaje turba,  
y ningún ruido perturba  
su sueño o sopor mortal.  
Varones y hembras mezclados,  
todos duermen sosegados.  
Sólo, en vano tal vez, velan  
los que libertarse anhelan  
del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando  
los caballos, que vagando  
libres despuntan la grama;  
y a la moribunda llama  
de las hogueras se ve,  
se ve sola y taciturna,  
símil a sombra nocturna,  
moverse una forma humana,  
como quien lucha y se afana,  
y oprime algo bajo el pie.

Se oye luego triste aúllo,

y horrisonante mormullo,  
semejante al del novillo  
cuando el filoso cuchillo  
lo degüella sin piedad,  
y por la herida resuella,  
y aliento y vivir por ella,  
sangre hirviendo a borbollones,  
en horribles convulsiones,  
lanza con velocidad.

Silencio: ya el paso leve  
por entre la hierba mueve  
como quien busca y no atina,  
y temeroso camina  
de ser visto o tropezar,  
una mujer; en la diestra  
un puñal sangriento muestra,  
sus largos cabellos flotan  
desgreñados, y denotan  
de su ánimo el batallar.

Ella va. Toda es oídos;  
sobre salvajes dormidos  
va pasando; escucha, mira,  
se para, apenas respira,  
y vuelve de nuevo a andar.  
Ella marcha, y sus miradas  
vagan en torno azoradas,  
cual si creyesen ilusas  
en las tinieblas confusas  
mil espectros divisar.

Ella va, y aun de su sombra,  
como el criminal, se asombra;  
alza, inclina la cabeza;



pero en un cráneo tropieza  
y queda al punto mortal.  
Un cuerpo gruñe y resuella,  
y se revuelve, mas ella  
cobra espíritu y coraje,  
y en el pecho del salvaje  
clava el agudo puñal.

El indio dormido expira;  
y ella veloz se retira  
de allí, y anda con más tino  
arrostrando del destino  
la rigurosa crueldad.  
Un instinto poderoso,  
un afecto generoso  
la impele y guía segura,  
como luz de estrella pura,  
por aquella oscuridad.

Su corazón de alegría  
palpita; lo que quería,  
lo que buscaba con ansia  
su amorosa vigilancia  
encontró gozosa al fin.  
Allí, allí está su universo,  
de su alma el espejo terso,  
su amor, esperanza y vida;  
allí contempla embebida  
su terrestre serafín.

—Brián —dice—, mi Brián querido,  
busca durmiendo el olvido;  
quizá ni soñando espera  
que yo entre gente fiera  
le venga a favorecer.

Lleno de heridas, cautivo,  
no abate su ánimo altivo  
la desgracia, y satisfecho  
descansa, como en su lecho,  
sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,  
para hacerle más amargo  
de la muerte el pensamiento,  
deleitarse en su tormento,  
y más su rencor cebar  
prolongando su agonía,  
la vida suya, que es mía,  
guardaron, cuando triunfantes  
hasta los tiernos infantes  
osaron despedazar,

arrancándolos del seno  
de sus madres –¡día lleno  
de execración y amargura,  
en que murió mi ventura,  
tu memoria me da horror!–.  
Así dijo, y ya no siente,  
ni llora, porque la fuente  
del sentimiento fecunda  
que el femenil pecho inunda,  
consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza  
en su corazón alianza  
han hecho, y sólo una idea  
tiene fija y saborea  
su ardiente imaginación.  
Absorta el alma, en delirio  
lleno de gozo y martirio

queda, hasta que al fin estalla  
como volcán, y se explaya  
la lava del corazón.

Allí está su amante herido,  
mirando al cielo, y ceñido  
el cuerpo con duros lazos,  
abiertos en cruz los brazos,  
ligadas manos y pies.

Cautivo está, pero duerme;  
inmóvil, sin fuerza, inerme  
yace su brazo invencible:  
de la pampa el león terrible  
presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía,  
esperando con el día  
horrible muerte, está el hombre  
cuya fama, cuyo nombre  
era, al bárbaro traidor,  
más temible que el zumbido  
del hierro o plomo encendido;  
más aciago y espantoso  
que el Valichu rencoroso  
a quien ataca su error.

Allí está silenciosa ella,  
como tímida doncella,  
besa su entreabierta boca,  
cual si dudara le toca  
por ver si respira aún.  
Entonces las ataduras,  
que sus carnes roen duras,  
corta, corta velozmente  
con su puñal obediente,

teñido en sangre común.

Brián despierta; su alma fuerte,  
conforme ya con su suerte,  
no se conturba, ni azora;  
poco a poco se incorpora,  
mira sereno, y cree ver  
un asesino: echan fuego  
sus ojos de ira; mas luego  
se siente libre, y se calma,  
y dice: —¿Eres alguna alma  
que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,  
ángel bueno, o vacilante  
parto de mi fantasía?  
—Mi vulgar nombre es María,  
ángel de tu guarda soy;  
y mientras cobra pujanza,  
ebria la feroz venganza  
de los bárbaros, segura,  
en aquesta noche oscura,  
velando a tu lado estoy;  
nada tema tu congoja—.

Y enajenada se arroja  
de su querido en los brazos,  
le da mil besos y abrazos,  
repitiendo: —Brián, mi Brián—.  
La alma heroica del guerrero  
siente el gozo lisonjero  
por sus miembros doloridos  
correr, y que sus sentidos  
libres de ilusión están.

Y en labios de su querida  
apura aliento de vida,  
y la estrecha cariñoso  
y en éxtasis amoroso  
ambos respiran así.  
Mas, súbito él la separa,  
como si en su alma brotara  
horrible idea, y la dice:  
–María, soy infelice,  
ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza  
habrá ajado la pureza  
de tu honor, y mancillado  
tu cuerpo santificado  
por mi cariño y tu amor;  
ya no me es dado quererte–.  
Ella le responde: –Advierte,  
que en este acero está escrito  
mi pureza y mi delito,  
mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento,  
y saltará de contento  
tu corazón orgulloso;  
diómelo amor poderoso,  
diómelo para matar  
al salvaje que insolente  
ultrajar mi honor intente;  
para a un tiempo, de mi padre,  
de mi hijo tierno y mi madre  
la injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa

que la luz del sol hermosa,  
sacar de las fieras manos  
de estos tigres inhumanos,  
o contigo perecer.

Loncoy, el cacique altivo  
cuya saña al atractivo  
se rindió de estos mis ojos,  
y quiso entre sus despojos  
de Brián la querida ver,

después de haber mutilado  
a su hijo tierno, anegado  
en su sangre yace impura;  
sueño infernal su alma apura:  
dióle muerte este puñal.

Levanta, mi Brián, levanta,  
sigue, sigue mi ágil planta;  
huyamos de esta guarida  
donde la turba se anida  
más inhumana y fatal.

—¿Pero adónde, adónde iremos?  
¿Por fortuna encontraremos  
en la pampa algún asilo,  
donde nuestro amor tranquilo  
logre burlar su furor?  
¿Podremos, sin ser sentidos,  
escapar, y desvalidos,  
caminar a pie, y jadeando,  
con el hambre y sed luchando,  
el cansancio y el dolor?

—Sí, el anchuroso desierto  
más de un abrigo encubierto  
ofrece, y la densa niebla,

que el cielo y la tierra puebla,  
nuestra fuga ocultará.

Brián, cuando aparezca el día  
palpitantes de alegría,  
lejos de aquí ya estaremos,  
y el alimento hallaremos  
que el cielo al infeliz da.

–Tú podrás, querida amiga,  
hacer rostro a la fatiga,  
mas yo, llagado y herido,  
débil, exangüe, abatido,  
¿cómo podré resistir?  
Huye tú, mujer sublime,  
y del oprobio redime  
tu vivir predestinado;  
deja a Brián infortunado,  
solo, en tormentos morir.

–No, no, tú vendrás conmigo,  
o pereceré contigo.  
De la amada patria nuestra  
escudo fuerte es tu diestra,  
y, ¿qué vale una mujer?  
Huyamos, tú de la muerte,  
yo de la oprobiosa suerte  
de los esclavos; propicio  
el cielo este beneficio  
nos ha querido ofrecer.  
No insensatos lo perdamos.

Huyamos, mi Brián, huyamos;  
que en el áspero camino  
mi brazo y poder divino  
te servirán de sostén.

–Tu valor me infunde fuerza,  
y de la fortuna adversa,  
amor, gloria o agonía  
participar con María  
yo quiero. Huyamos; ven, ven–.

Dice Brián y se levanta;  
el dolor traba su planta,  
mas devora el sufrimiento;  
y ambos caminan a tienta  
por aquella obscuridad.  
Tristes van; de cuando en cuando,  
la vista al cielo llevando,  
que da esperanza al que gime.  
¿Qué busca su alma sublime?  
La muerte o la libertad.

–Y en esta noche sombría  
¿quién nos servirá de guía?  
–Brián, ¿no ves allá una estrella  
que entre dos nubes centella  
cual benigno astro de amor?  
Pues ésa es por Dios enviada,  
como la nube encarnada  
que Israel vio prodigiosa;  
sigamos la senda hermosa  
que nos muestra su fulgor,

ella del triste desierto  
nos llevará a feliz puerto–.  
Ellos van. Solas, perdidas,  
como dos almas queridas,  
que amor en la tierra unió;  
y en la misma forma de antes,  
andan por la noche errantes,



con la memoria hechicera  
del bien que en su primavera  
la desdicha les robó.

Ellos van. Vasto, profundo  
como el páramo del mundo  
misterioso es el que pisan.  
Mil fantasmas se divisan,  
mil formas vanas allí,  
que la sangre joven hielan:  
mas ellos vivir anhelan.

Brián desmaya caminando,  
y al cielo otra vez mirando  
dice a su querida así:

–Mira, ¿no ves?, la luz bella  
de nuestra polar estrella  
de nuevo se ha obscurecido,  
y el cielo más renegrado  
nos anuncia algo fatal.

–Cuando contrario el destino  
nos cierre, Brián, el camino,  
antes de volver a manos  
de esos indios inhumanos,  
nos queda algo: este puñal.

# LA ALBORADA

*Già la terra e coperta d'uccisi;  
tutta è sangue la vasta pianura...  
[Ya de muertos la tierra está cubierta /  
y la vasta llanura toda es sangre]*  
MANZONI

Todo estaba silencioso.  
La brisa de la mañana  
recién la hierba lozana  
acariciaba, y la flor;  
y en el oriente nubloso,  
la luz apenas rayando,  
iba el campo matizando  
de claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;  
ni del pájaro se oía  
la variada melodía,  
música que al alba da;  
y sólo, al ronco bufido  
de algún potro que se azora,  
mezclaba su voz sonora  
el agorero yajá.

En el campo de la holganza,  
so la techumbre del cielo,  
libre, ajena de recelo  
dormía la tribu infiel;  
mas la terrible venganza  
de su constante enemigo  
alerta estaba, y castigo

le preparaba cruel.

Súbito al trote asomaron  
sobre la extendida loma  
dos jinetes, como asoma  
el astuto cazador;  
al pie de ella divisaron  
la chusma quieta y dormida,  
y volviendo atrás la brida  
fueron a dar el clamor

de alarma al campo cristiano.  
Pronto en brutos altaneros  
un escuadrón de lanceros  
trotando allí se acercó,  
con acero y lanza en mano;  
y en hileras dividido  
al indio, no apercebido,  
en doble muro encerró.

Entonces, el grito “Cristiano, cristiano”  
resuena en el llano,  
“Cristiano” repite confuso clamor.  
La turba que duerme, despierta turbada,  
clamando azorada,  
“Cristiano nos cerca, cristiano traidor”.

Niños y mujeres, llenos de conflicto,  
levantan el grito;  
sus almas conturba la tribulación;  
los unos pasmados, al peligro horrendo,  
los otros huyendo  
corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Quien salta al caballo que encontró primero,

quien toma el acero,  
quien corre su potro querido a buscar;  
mas ya la llanura cruzan desbandadas,  
yeguas y manadas,  
que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,  
blandiendo en su mano  
la terrible lanza que no da cuartel.  
Los indios más bravos luchando resisten,  
cual fieras embisten;  
el brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece; las armas agudas  
relucen desnudas;  
horrible la muerte se muestra doquier.  
En lomos del bruto, la fuerza y coraje,  
crece del salvaje,  
sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pie a tierra poniendo, la fácil victoria,  
que no le da gloria,  
prosigue el cristiano lleno de rencor.  
Caen luego caciques, soberbios caudillos.  
Los fieros cuchillos  
degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,  
gemir del que implora,  
puesto de rodillas, en vano piedad,  
todo se confunde: del plomo el silbido,  
del hierro el crujido,  
que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza

hizo el cristiano aquel día;  
ni hembra, ni varón, ni cría  
de aquella tribu quedó.  
La inexorable venganza  
siguió el paso a la perfidia,  
y en no cara y breve lidia  
su cerviz al hierro dio.

Viose la hierba teñida  
de sangre hedionda, y sembrado  
de cadáveres el prado  
donde resonó el festín.  
Y del sueño de la vida  
al de la muerte pasaron  
los que poco antes holgaron  
sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban  
lágrimas de regocijo;  
una al esposo, otra al hijo  
debió allí la libertad;  
pero ellos tristes estaban,  
porque ni vivo ni muerto  
halló a Brián en el desierto  
su valor y su lealtad.

# EL PAJONAL<sup>[23]</sup>

*...e lo spirito lasso  
conforta, e ciba di speranza buona;  
["...y el ánimo cansado,  
de esperanza feliz nutre y conforta;"]*  
DANTE

Así, huyendo a la ventura,  
ambos a pie divagaron  
por la lóbrega llanura,  
y al salir la luz del día,  
a corto trecho se hallaron  
de un inmenso pajonal.  
Brian debilitado, herido,  
a la fatiga rendido  
la planta apenas movía;  
su angustia era sin igual.

Pero un ángel, su querida,  
siempre a su lado velaba,  
y el espíritu y la vida,  
que su alma heroica anidaba,  
la infundía, al parecer,  
con miradas cariñosas,  
voces del alma profundas,  
que debieran ser eternas,  
y aquellas palabras tiernas,  
o armonías misteriosas  
que sólo manan fecundas  
del labio de la mujer.

Temerosos del salvaje,

acogiéronse al abrigo  
de aquel pajonal amigo,  
para de nuevo su viaje  
por la noche continuar;  
descansar allí un momento,  
y refrigerio y sustento  
a la flaqueza buscar.

Era el adusto verano.  
Ardiente el sol como fragua,  
en cenagoso pantano  
convertido había el agua  
allí estancada, y los peces,  
los animales inmundos  
que aquel bañado habitaban  
muertos, al aire infectaban,  
o entre las impuras heces  
aparecían a veces  
boqueando moribundos,  
como del cielo implorando  
agua y aire: aquí se vía  
al voraz cuervo, tragando  
lo más asqueroso y vil;  
allí la blanca cigüeña,  
el pescuezo corvo alzando,  
en su largo pico enseña  
el tronco de algún reptil;  
más allá se ve el carancho,  
que jamás presa desdeña,  
con pico en forma de gancho  
de la expirante alimaña  
sajar la fétida entraña.

Y en aquel páramo yerto,  
donde a buscar como a puerto

refrigerio, van errantes  
Brian y María anhelantes,  
sólo divisan sus ojos,  
feos, inmundos despojos  
de la muerte. ¡Qué destino  
como el suyo miserable!  
Si en aquel instante vino  
la memoria perdurable  
de la pasada ventura  
a turbar su fantasía  
¡cuán amarga les sería!  
¡cuán triste, yerma y obscura!

Pero con pecho animoso  
en el lodo pegajoso  
penetraron, ya cayendo,  
ya levantando o subiendo  
el pie flaco y dolorido;  
y sobre un flotante nido  
de yajá ¡columna bella,  
que entre la paja descuella,  
como edificio construido  
por mano hábil; se sentaron  
a descansar o morir.  
Súbito allí desmayaron  
los espíritus vitales  
de Brian a tanto sufrir;  
y en los brazos de María,  
que inmoble permanecía,  
cayó muerto al parecer.  
¡Cómo palabras mortales  
pintar al vivo podrán  
el desaliento y angustias,  
o las imágenes mustias  
que el alma atravesarán



de aquella infeliz mujer!  
Flor hermosa y delicada,  
perseguida y conculcada  
por cuantos males tiranos  
dio en herencia a los humanos  
inexorable poder.

Pero a cada golpe injusto  
retoñece más robusto  
de su noble alma el valor;  
y otra vez, con paso fuerte,  
holla el fango, do la muerte  
disputa un resto de vida  
a indefensos animales;  
y rompiendo enfurecida  
los espesos matorrales,  
camina a un sordo rumor  
que oye próximo, y mirando  
el hondo cauce anchuroso  
de un arroyo que copioso  
entre la paja corría,  
se volvió atrás, exclamando  
arrobada de alegría:  
-¡Gracias te doy, Dios Supremo!  
Brian se salva, nada temo.

Pronto llega al alto nido  
donde yace su querido,  
sobre sus hombros le carga,  
y con vigor desmedido  
lleva, lleva, a paso lento,  
al puerto de salvamento  
aquella preciosa carga.  
Allí en la orilla verdosa  
el inmoble cuerpo posa,  
y los labios, frente y cara

en el agua fresca y clara  
le embebe; su aliento aspira,  
por ver si vivo respira,  
trémula su pecho toca;  
y otra vez sienes y boca  
le empapa. En sus ojos vivos  
y en su semblante animado,  
los matices fugitivos  
de la apasionada guerra  
que su corazón encierra,  
se muestran. Brian recobrado  
se mueve, incorpora, alienta;  
y débil mirada lenta  
clava en la hermosa María,  
diciéndola: -Amada mía,  
pensé no volver a verte,  
y que este sueño sería  
como el sueño de la muerte;  
pero tú, siempre velando,  
mi vivir sustentas, cuando  
yo en nada puedo valerte,  
sino doblar la amargura  
de tu extraña desventura.  
-Que vivas tan sólo quiero,  
porque si mueres, yo muero;

Brian mío, alienta, triunfamos,  
en salvo y libres estamos.  
No te aflijas; bebe, bebe  
esta agua, cuyo frescor  
el extenuado vigor  
volverá a tu cuerpo en breve,  
y esperemos con valor  
de Dios el fin que imploramos.-

Dijo así, y en la corriente  
recoge agua, y diligente,  
de sus miembros con esmero,  
se aplica a lavar primero  
las dolorosas heridas,  
las hondas llagas henchidas  
de negra sangre cuajada,  
y a sus inflamados pies  
el lodo impuro; y después  
con su mano delicada  
las venda. Brian silencioso  
sufre el dolor con firmeza;

pero siente a la flaqueza  
rendido el pecho animoso.  
Ella entonces alimento  
corre a buscar; y un momento,  
sin duda el cielo piadoso,  
de aquellos finos amantes,  
infortunados y errantes,  
quiso aliviar el tormento.

# LA ESPERA

*¡Qué largas son las horas del deseo!*

MORETO

Triste, obscura, encapotada  
llegó la noche esperada;  
la noche que ser debiera  
su grata y fiel compañera;  
y en el vasto pajonal  
permanecen inactivos  
los amantes fugitivos.  
Su astro, al parecer, declina  
como la luz vespertina  
entre sombra funeral.

Brián, por el dolor vencido  
al margen yace tendido  
del arroyo; probó en vano  
el paso firme y lozano  
de su querida seguir;  
sus plantas desfallecieron,  
y sus heridas vertieron  
sangre otra vez. Sintió entonces  
como una mano de bronce  
por sus miembros discurrir.

María espera a su lado,  
con corazón agitado,  
que amanecerá otra aurora  
más bella y consoladora;  
el amor le inspira fe  
en destino más propicio,

y le oculta el precipicio  
cuya idea sólo pasma:  
el descarnado fantasma  
de la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,  
ciega pasión la fascina;  
mostrando a su alma el trofeo  
de su impetuoso deseo  
le dice: tú triunfarás.  
Ella infunde a su flaqueza  
constancia allí y fortaleza.  
Ella su hambre, su fatiga  
y sus angustias mitiga  
para devorarlas más.

Sin el amor que en sí entraña,  
¿qué sería? Frágil caña,  
que el más leve impulso quiebra;  
ser delicado, fina hebra,  
sensible y flaca mujer.  
Con él es ente divino  
que pone a raya el destino,  
ángel poderoso y tierno  
a quien no haría el infierno  
vacilar ni estremecer.

De su querido no advierte  
el mortal abatimiento,  
ni cree se atreva la muerte  
a sofocar el aliento  
que hace vivir a los dos;  
porque de su llama intensa  
es la vida tan inmensa,  
que a la muerte vencería,

y en sí eficacia tendría  
para animar como Dios.

El amor es fe inspirada;  
es religión arraigada  
en lo íntimo de la vida.  
Fuente inagotable, henchida  
de esperanza, su anhelar  
no halla obstáculo invencible  
hasta conseguir victoria;  
si se estrella en lo imposible  
gozoso vuela a la gloria  
su heroica palma a buscar.

María no desespera,  
porque su ahínco procura  
para lo que ama ventura,  
y al infortunio supera  
su imperiosa voluntad.  
Mañana –el grito constante  
de su corazón amante  
le dice–, mañana el cielo  
hará cesar tu desvelo;  
la nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto  
camina en densa tiniebla,  
y en el abismo de espanto,  
que aquellos páramos puebla,  
ambos perdidos se ven.  
Parda, rojiza, radiosa,  
una faja luminosa  
forma horizonte no lejos;  
sus amarillos reflejos  
en lo obscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,  
y que con el viento crece,  
se encrespa, aviva y derrama  
el resplandor y la llama  
en el mar de lobreguez.  
Aquel fuego colorado,  
en tinieblas engolfado,  
cuyo resplendor vaga horrendo,  
era trasunto estupendo  
de la inferna terriblez.

Brián, recostado en la yerba,  
como ajeno de sentido,  
nada ve. Ella un rüido  
oye; pero sólo observa  
la negra desolación,  
o las sombrías visiones  
que engendran las turbaciones  
de su espíritu. ¡Cuán larga  
aquella noche y amarga  
sería a su corazón!

Miró a su amante. Espantoso,  
un bramido cavernoso  
la hizo temblar, resonando:  
era el tigre, que buscando  
pasto a su saña feroz  
en los densos matorrales,  
nuevos presagios fatales  
al infortunio traía.  
En silencio, echó María  
mano a su puñal, veloz.

# LA QUEMAZÓN

*Voyez... Déjà la flamme en torrent se déploie*  
*[Mirad: ya en torrente se extiende la llama]*

LAMARTINE

El aire estaba inflamado,  
turbia la región suprema,  
envuelto el campo en vapor;  
rojo el sol, y coronado  
de parda obscura diadema,  
amarillo resplandor  
en la atmósfera esparcía;  
el bruto, el pájaro huía,  
y agua la tierra pedía  
sedienta y llena de ardor.

Soplando a veces el viento  
limpiaba los horizontes,  
y de la tierra brotar  
de humo rojo y ceniciento  
se veían como montes;  
y en la llanura ondear,  
formando espiras doradas,  
como lenguas inflamadas,  
o melenas encrespadas  
de ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas  
por la esfera dilataban,  
como cuando hay tempestad,  
sus negras alas inmensas;  
y más y más aumentaban



el pavor y obscuridad.  
El cielo entenebrecido,  
el aire, el humo encendido,  
eran, con el sordo ruido,  
signo de calamidad.

El pueblo de lejos  
contempla asombrado  
los turbios reflejos;  
del día enlutado  
la ceñuda faz.  
El humilde llora,  
el piadoso implora;  
se turba y azora  
la malicia audaz.

Quién cree ser indicio  
fatal, estupendo  
del día del juicio,  
del día tremendo  
que anunciado está.  
Quién piensa que al mundo,  
sumido en lo inmundo,  
el cielo iracundo  
pone a prueba ya.

Era la plaga que cría  
la devorante sequía  
para estrago y confusión:  
de la chispa de una hoguera,  
que llevó el viento ligera,  
nació grande, cundió fiera  
la terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos

relucen, chispean;  
en rubios manojos  
sus crines ondean,  
flameando también:  
la tierra gimiendo,  
los brutos rugiendo,  
los hombres huyendo,  
confusos la ven.

Sutil se difunde,  
camina, se mueve,  
penetra, se infunde:  
cuanto toca, en breve,  
reduce a tizón.

Ella era; y pastales,  
densos pajonales,  
cardos y animales,  
ceniza, humo son.

Raudal vomitando  
venía de llama,  
que hirviendo, silbando,  
se enrosca y derrama  
con velocidad.

Sentada María  
con su Brián la vía:  
—¡Dios mío! —decía—,  
de nos ten piedad.

Piedad María imploraba,  
y piedad necesitaba  
de potencia celestial.  
Brián caminar no podía,  
y la quemazón cundía  
por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,  
como culebra serpeando,  
velozmente caminó;  
y agitando, desbocada,  
su crin de fuego erizada,  
gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles  
de animales y reptiles  
quema el fuego vencedor,  
que el viento iracundo atiza;  
vuelan el humo y ceniza,  
y el inflamado vapor,

al lugar donde, pasmados,  
los cautivos desdichados,  
con despavoridos ojos,  
están, su hervidero oyendo,  
y las llamaradas viendo  
subir en penachos rojos.

No hay cómo huir, no hay efugio,  
esperanza ni refugio;  
¿dónde auxilio encontrarán?  
Postrado Brián yace inmoble  
como el orgulloso roble  
que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.  
Detrás, arroyo profundo,  
ancho se extiende, y delante,  
formidable y horroroso,  
alza la cresta furioso  
mar de fuego devorante.

–Huye presto –Brián decía  
con voz débil a María–,  
déjame solo morir;  
este lugar es un horno:  
huye, ¿no miras en torno  
vapor cárdeno subir?

Ella calla, o le responde:  
–Dios largo tiempo no esconde  
su divina protección.  
¿Crees tú nos haya olvidado?  
Salvar tu vida ha jurado  
o morir mi corazón.

Pero del cielo era juicio  
que en tan horrendo suplicio  
no debían perecer;  
y que otra vez de la muerte  
inexorable, amor fuerte  
triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora;  
de la pasión que atesora  
el espíritu inmortal  
brota en su faz la belleza  
estampando fortaleza  
de criatura celestial,

no sujeta a ley humana;  
y como cosa liviana  
carga el cuerpo amortecido  
de su amante, y con él junto,  
sin cejar, se arroja al punto  
en el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente  
surca la mansa corriente  
con el tesoro de amor;  
semejante a ondina<sup>[24]</sup> bella,  
su cuerpo airoso descuella,  
y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,  
sobre sus hombros nevados,  
suelos, reluciendo van;  
boga con un brazo lenta,  
y con el otro sustenta,  
a flor, el cuerpo de Brián.

Aran las corrientes unidos  
como dos cisnes queridos  
que huyen de águila cruel,  
cuya garra, siempre lista,  
desde la nube se alista  
a separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana  
en perseguirlos. Ufana  
en la orilla opuesta el pie  
pone María triunfante,  
y otra vez libre a su amante  
de horrenda agonía ve.

¡Oh, del amor maravilla!  
En sus bellos ojos brota  
del corazón, gota a gota,  
el tesoro sin mancilla,  
celeste, inefable unción;  
sale en lágrimas deshecho

su heroico amor satisfecho;  
y su formidable cresta  
sacude, enrosca y enhiesta  
la terrible quemazón.

Calmó después el violento  
soplar del airado viento:  
el fuego a paso más lento  
surcó por el pajonal,  
sin topar ningún escollo;  
y a la orilla de un arroyo  
a morir al cabo vino,  
dejando, en su ancho camino,  
negra y profunda señal.

# BRIAN

*Les guerriers et les coursiers eux mêmes  
sont là pour attester les victoires de mon bras.  
Je dois ma renommée à mon glaive...*

*["Los guerreros y aun los bridones de la batalla  
existen para atestiguar las victorias de mi brazo.  
Debo mi renombre a mi espada.]*

ANTAR<sup>[25]</sup>

Pasó aquél, llegó otro día  
triste, ardiente, y todavía  
desamparados como antes,  
a los míseros amantes  
encontró en el pajonal.  
Brian, sobre pajizo lecho  
inmóvil está, y en su pecho  
arde fuego inextinguible;  
brota en su rostro, visible  
abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos  
sus ojos, como adormidos,  
la luz esquivan, o absortos,  
en los pálidos abortos  
de la conciencia ¡legión  
que atribula al moribundo!  
verán formas de otro mundo,  
imágenes fugitivas,  
o las claridades vivas  
de fantástica región.

Triste a su lado María  
revuelve en la fantasía  
mil contrarios pensamientos,  
y horribles presentimientos  
la vienen allí a asaltar;  
espectros que engendra el alma,  
cuando el ciego desvarío  
de las pasiones se calma,  
y perdida en el vacío  
se recoge a meditar.

Allí, frágil navecilla  
en mar sin fondo ni orilla,  
do nunca ríe bonanza,  
se encuentra sin esperanza  
de poder al fin surgir.

Allí ve su afán perdido  
por salvar a su querido;  
y cuán lejano y nubloso  
el horizonte radioso  
está de su porvenir,

cuán largo, incierto camino  
la desdicha le previno,  
cuán triste peregrinaje;  
allí ve de aquel paraje  
la yerta inmovilidad.

Allí ya del desaliento  
sufre el pausado tormento,  
y abrumada de tristeza,  
al cabo a sentir empieza  
su abandono y soledad.

Echa la vista delante,



y al aspecto de su amante  
desfallece su heroísmo;  
la vuelve, y hórrido abismo  
mira atónita detrás.

Allí apura la agonía  
del que vio cuando dormía  
paraíso de dicha eterno,  
y al despertar, un infierno  
que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado  
flamea el sol colorado,  
y en la llanura domina  
la vaporosa calina,  
el bochorno abrasador.  
Brian sigue inmóvil; y María,  
en formar se entretenía  
de junco un denso tejido,  
que guardase a su querido  
de la intemperie y calor.  
Cuando oyó, como el aliento  
que al levantarse o moverse  
hace animal corpulento,  
crujir la paja y romperse  
de un cercano matorral.  
Miró, ¡oh terror!, y acercarse  
vio con movimiento tardo,  
y hacia ella encaminarse,  
lamiéndose, un tigre pardo  
tinto en sangre; atroz señal.

Cobrando ánimo al instante  
se alzó María arrogante,  
en mano el puñal desnudo,  
vivo el mirar, y un escudo

formó de su cuerpo a Brian.  
Llegó la fiera inclemente;  
clavó en ella vista ardiente,  
y a compasión ya movida,  
o fascinada y herida  
por sus ojos y ademán,

recta prosiguió el camino,  
y al arroyo cristalino  
se echó a nadar. ¡Oh amor tierno!  
de lo más frágil y eterno  
se compaginó tu ser.  
Siendo sólo afecto humano,  
chispa fugaz, tu grandeza,  
por impenetrable arcano,  
es celestial. ¡Oh belleza!  
no se anida tu poder,

en tus lágrimas ni enojos;  
sí, en los sinceros arrojos  
de tu corazón amante.  
María en aquel instante  
se sobrepuso al terror,  
pero cayó sin sentido  
a conmoción tan violenta.  
Bella como ángel dormido  
la infeliz estaba, exenta  
de tanto afán y dolor.

Entonces, ¡ah!, parecía  
que marchitado no había  
la aridez de la congoja,  
que a lo más bello despoja,  
su frescura juvenil.

¡Venturosa si más largo  
hubiera sido su sueño!  
Brian despierta del letargo:  
brilla matiz más risueño  
en su rostro varonil.

Se sienta; extático mira,  
como el que en vela delira;  
lleva la mano a su frente  
sudorífera y ardiente,  
¿qué cosas su alma verá?  
La luz, noche le parece,  
tierra y cielo se obscurece,  
y rueda en un torbellino  
de nubes. -Este camino  
lleno de espinas está:

Y la llanura, María,  
¿no ves cuán triste y sombría?  
¿Dónde vamos? A la muerte.  
Triunfó la enemiga suerte  
-dice delirando Brian-.  
¡Cuán caro mi amor te cuesta!  
Y mi confianza funesta,  
¡cuánta fatiga y ultrajes!  
Pero pronto los salvajes  
su deslealtad pagarán.  
Cobra María el sentido  
al oír de su querido  
la voz, y en gozo nadando  
se incorpora, en él clavando  
su cariñosa mirada.  
-Pensé dormías -la dice-,  
y despertarte no quise;

fuera mejor que durmieras  
y del bárbaro no oyeras  
la estrepitosa llegada.

-¿Sabes? Sus manos lavaron,  
con infernal regocijo,  
en la sangre de mi hijo;  
mis valientes degollaron.  
Como el huracán pasó,  
desolación vomitando,  
su vigilante perfidia.  
Obra es del inicuo bando,  
¡qué dirá la torpe envidia!  
Ya mi gloria se eclipsó.

De paz con ellos estaba,  
y en la villa descansaba.  
Oye; no te fies, vela;  
lanza, caballo y espuela  
siempre lista has de tener.  
Mira dónde me han traído.  
Atado estoy y ceñido;  
no me es dado levantarme,  
ni valerte, ni vengarme,  
ni batallar, ni vencer.

Venga, venga mi caballo,  
mi caballo por la vida;  
venga mi lanza fornida,  
que yo basto a ese tropel.  
Rodeado de picas me hallo.  
Paso, canalla traidora,  
que mi lanza vengadora  
castigo os dará crüel.

¿No miráis la polvareda  
que del llano se levanta?  
¿No sentís lejos la planta  
de los brutos retumbar?  
La tribu es, huyendo leda,  
como carnicero lobo,  
con los despojos del robo,  
no de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,  
y degollados, dormidos,  
nuestros hermanos queridos  
por la mano del infiel.  
¡Oh mengua! ¡Oh rabia! ¡Oh mancilla!  
Venga mi lanza ligero,  
mi caballo parejero,  
daré alcance a ese tropel.  
Se alzó Brian enajenado,  
y su bigote erizado  
se mueve; chispean, rojos  
como centellas, sus ojos,  
que hace el entusiasmo arder;  
el rostro y talante fiero,  
do resalta con viveza  
el valor y la nobleza,  
la majestad del guerrero  
acostumbrado a vencer.

Pero al punto desfallece.  
Ella, atónita, enmudece,  
ni halla voz su sentimiento;  
en tan solemne momento  
flaquea su corazón.  
El sol pálido declina:

en la cercana colina  
triscan las gamas y ciervos,  
y de caranchos y cuervos  
grazna la impura legión,

de cadáveres avara,  
cual si muerte presagiara.  
Así la caterva estulta,  
vil al heroísmo insulta,  
que triunfante veneró.  
María tiembla. Él, alzando  
la vista al cielo y tomando  
con sus manos casi heladas  
las de su amiga, adoradas,  
a su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:  
-Oye, de Dios es arcano,  
que más tarde o más temprano  
todos debemos morir.  
Insensato el que maldice  
la ley que a todos iguala;  
hoy el término señala  
a mi robusto vivir.

Resígnate; bien venida  
siempre, mi amor, fue la muerte,  
para el bravo, para el fuerte,  
que a la patria y al honor  
joven consagró su vida;  
¿qué es ella?, una chispa, nada,  
con ese sol comparada,  
raudal vivo de esplendor.  
La mía brilló un momento,  
pero a la patria sirviera;

también mi sangre corriera  
por su gloria y libertad.  
Lo que me da sentimiento  
es que de ti me separo,  
dejándote sin amparo  
aquí en esta soledad.

Otro premio merecía  
tu amor y espíritu brioso,  
y galardón más precioso  
te destinaba mi fe.  
Pero ¡ay Dios! la suerte mía  
de otro modo se eslabona;  
hoy me arranca la corona  
que insensato ambicioné.

¡Si al menos la azul bandera  
sombra a mi cabeza diese!  
¡O antes por la patria fuese  
aclamado vencedor!  
¡Oh destino! Quién pudiera  
morir en la lid, oyendo  
el alarido y estruendo,  
la trompeta y el tambor.

Tal gloria no he conseguido.  
Mis enemigos triunfaron;  
pero mi orgullo no ajaron  
los favores del poder.  
¡Qué importa! Mi brazo ha sido  
terror del salvaje fiero:  
los Andes vieron mi acero  
con honor resplandecer.

¡Oh estrépito de las armas!

¡Oh embriaguez de la victoria!  
¡Oh campos, soñada gloria!  
¡Oh lances del combatir!  
Inesperadas alarmas,  
patria, honor, objetos caros,  
ya no volveré a gozaros;  
joven yo debo morir.

Hoy es el aniversario  
de mi primera batalla,  
y en torno a mí todo calla...  
Guarda en tu pecho mi amor,  
nadie llegue a su santuario...  
Aves de presa parecen,  
ya mis ojos se oscurecen;  
pero allí baja un cóndor;

y huye el enjambre insolente,  
adiós, en vano te aflijo...  
Vive, vive para tu hijo,  
Dios te impone ese deber.  
Sigue, sigue al occidente  
tu trabajosa jornada;  
adiós, en otra morada  
nos volveremos a ver.

Calló Brian, y en su querida  
clavó mirada tan bella,  
tan profunda y dolorida,  
que toda el alma por ella  
al parecer exhaló.  
El crepúsculo esparcía  
en el desierto luz mustia.  
Del corazón de María,  
el desaliento y angustia,



sólo el cielo penetró.

# MARÍA

*Fallece esperanza y crece tormento*

ANÓNIMO

*Morte bella pareo nel suo bel viso.*

*[La muerte parecía bella en su bello rostro*

PETRARCA

¿Qué hará María? En la tierra  
ya no se arraiga su vida.  
¿Dónde irá? Su pecho encierra  
tan honda y vivaz herida,  
tanta congoja y pasión,  
que para ella es infecundo  
todo consuelo del mundo,  
burla horrible su contento;  
su compasión un tormento;  
su sonrisa una irrisión.

¿Qué le importan sus placeres,  
su bullicio y vana gloria,  
si ella entre todos los seres,  
como desechada escoria,  
lejos, olvidada está?  
¿En qué corazón humano,  
en qué límite del orbe,  
el tesoro soberano,  
que sus potencias absorbe,  
ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,  
y una fresca sepultura

encuentra: lecho postrero,  
que al cadáver del guerrero  
preparó el más fino amor.  
Sobre ella hincada, María,  
muda como estatua fría,  
inclinada la cabeza,  
semejaba a la Tristeza  
embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos  
caen por los hombros tendidos,  
y sombrean de su frente,  
su cuello y rostro inocente,  
la nevada palidez.  
No suspira allí, ni llora;  
pero como ángel que implora,  
para miserias del suelo  
una mirada del cielo,  
hace esta sencilla prez:

–Ya en la tierra no existe  
el poderoso brazo  
donde hallaba regazo  
mi enamorada sien:  
Tú, ¡oh Dios!, no permitiste  
que mi amor lo salvase,  
quisiste que volase  
donde florece el bien.

Abre, Señor, a su alma  
Tu seno regalado,  
del bienaventurado  
reciba el galardón.  
Encuentre allí la calma,  
encuentre allí la dicha,

que busca en su desdicha,  
mi viudo corazón—.

Dice. Un punto su sentido  
queda como sumergido.  
Echa la postrer mirada  
sobre la tumba callada  
donde toda su alma está.  
Mirada llena de vida,  
pero lánguida, abatida,  
como la última vislumbre  
de la agonizante lumbre,  
falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla,  
y tomando por la orilla  
del arroyo hacia el ocaso,  
con indiferente paso  
se encamina al parecer.  
Pronto sale de aquel monte  
de paja, y mira adelante  
ilimitado horizonte,  
llanura y cielo brillante,  
desierto y campo doquier.

¡Oh, noche! ¡Oh, fúlgida estrella,  
luna solitaria y bella:  
sed benignas! El indicio  
de vuestro influjo propicio  
siquiera una vez mostrad.  
Bochornos, cálidos vientos,  
inconstantes elementos  
preñados de temporales:  
apiadaos; fieras fatales,  
su desdicha respetad.

Y Tú, ¡oh Dios!, en cuyas manos  
de los míseros humanos  
está el oculto destino,  
siquiera un rayo divino  
haz a su esperanza ver.  
Vacilar de alma sencilla,  
que resignada se humilla,  
no hagas la fe acrisolada;  
susténtala en su jornada,  
no la dejes perecer.

¡Adiós, pajonal funesto!  
¡Adiós, pajonal amigo!  
Se va ella sola. ¡Cuán presto  
de su júbilo, testigo,  
y su luto fuiste vos!  
El sol y la llama impía  
marchitaron tu ufanía;  
pero hoy tumba de un soldado  
eres, y asilo sagrado.  
¡Pajonal glorioso, adiós!

Gózate; ya no se anidan  
en tí las aves parleras,  
ni tu agua y sombra convidan  
sólo a los brutos y fieras:  
soberbio debes estar.  
El valor y la hermosura,  
ligados por la ternura,  
en tí hallaron refrigerio:  
de su infortunio el misterio  
tú solo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores  
de felices amadores,

tu esquividad no turbaron  
sino voces que confiaron  
a tu silencio su mal.

En la noche tenebrosa,  
con los ásperos graznidos  
de la legión ominosa,  
oirás ayes y gemidos:  
¡adiós, triste pajonal!

De ti María se aleja,  
y en tus soledades deja  
toda su alma. Agradecido,  
el depósito querido  
guarda y conserva. Quizá  
mano generosa y pía  
venga a pedírtelo un día;  
quizá la viva palabra  
un monumento le labra  
que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina;  
y la estrella matutina,  
caminando solitaria,  
sin articular plegaria,  
sin descansar ni dormir,  
la ve. En su planta desnuda  
brota la sangre y chorrea;  
pero toda ella, sin duda,  
va absorta en la única idea  
que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.  
Su garganta es viva fragua;  
un volcán su pensamiento;  
pero mar de hielo y agua

refrigerio inútil es  
para el incendio que abriga.  
Insensible a la fatiga;  
a cuanto ve indiferente;  
como mísera demente  
mueve sus heridos pies

por el desierto. Adormida  
está su orgánica vida;  
pero la vida de su alma  
fomenta en sí aquella calma  
que sigue a la tempestad,  
cuando el ánimo cansado  
del afán violento y duro,  
al parecer resignado,  
se abisma en el fondo oscuro  
de su propia soledad.

Tremebundo precipicio,  
fiebre lenta y devorante,  
último efugio, suplicio  
del infierno, semejante  
a la postrer convulsión  
de la víctima en tormento:  
trance que si dura un día  
anonada el pensamiento,  
encanece, o deja fría  
la sangre en el corazón.

Dos soles pasan. ¿Adónde  
Tu poder, ¡oh Dios!, se esconde?  
¿Está, por ventura, exhausto?  
¿Más dolor en holocausto  
pide a una flaca mujer?  
No; de la quieta llanura

ya se remonta a la altura  
gritando el yajá. Camina,  
oye la voz peregrina  
que te viene a socorrer.

¡Oh, ave de la pampa hermosa,  
cómo te meces ufana!  
Reina, sí, reina orgullosa  
eres, pero no tirana  
como el águila fatal.  
Tuyo es también del espacio  
el transparente palacio.  
Si ella en las rocas se anida,  
tú en la esquividad escondida  
de algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,  
el huracán y el tronido  
ella busca, y deleite halla  
en los campos de batalla.  
Pero tú, la tempestad,  
día y noche vigilante,  
anuncias al gaucho errante;  
tu grito es de buen presagio  
al que asechancia o naufragio  
teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera  
la voz del ave agorera:  
oye, María, infelice;  
alerta, alerta, te dice;  
aquí está tu salvación.  
¿No la ves cómo en el aire  
balancea con donaire  
su cuerpo albo-ceniciento?



¿No escuchas su ronco acento?  
Corre a calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,  
ni el feliz reclamo escucha;  
y caminando va aprisa.  
El demonio con que lucha  
la turba, impele y amaga.  
Turbios, confusos y rojos  
se presentan a sus ojos  
cielo, espacio, sol, verdura,  
quieta, insondable llanura  
donde sin brújula vaga.

Mas, ¡ah! que en vivos corceles  
un grupo de hombres armados  
se acerca. ¿Serán infieles,  
enemigos? No, soldados  
son del desdichado Brián.  
Llegan; su vista se pasma;  
ya no es la mujer hermosa,  
sino pálido fantasma;  
mas reconocen la esposa  
de su fuerte capitán.

¡Creíanla cautiva o muerta!  
Grande fue su regocijo.  
Ella los mira, y despierta:  
—¿No sabéis qué es de mi hijo?—  
con toda el alma exclamó.  
Tristes mirando a María  
todos el labio sellaron.  
Mas luego una voz impía:  
—Los indios lo degollaron—  
roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,  
como quiebra el seco tallo  
el menor soplo de viento  
o como herida del rayo  
cayó la infeliz allí.

Viéronla caer, turbados,  
los animosos soldados.  
Una lágrima le dieron,  
y funerales la hicieron  
dignos de contarse aquí.

Aquella trama formada  
de la hebra más delicada,  
cuyo espíritu robusto  
lo más acerbo e injusto  
de la adversidad probó,  
un soplo débil deshizo.  
Dios para amar, sin duda, hizo  
un corazón tan sensible;  
palpitar le fue imposible  
cuando a quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh, voz fiera!  
¡Cuál entraña te abortara!  
Mover al tigre pudiera  
su vista sola, y no hallara  
en ti alguna compasión,  
tanta miseria y conflicto  
ni aquel su materno grito;  
y como flecha saliste,  
y en lo más profundo heriste  
su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones  
de un mar de tribulaciones

ella arrostró; y la agonía  
saboreó su fantasía;  
y el punzante frenesí  
de la esperanza insaciable  
que en pos de un deseo vuela,  
no alcanza el blanco inefable;  
se irrita en vano y desvela;  
vuelve a devorarse a sí.

Una a una, todas bellas,  
sus ilusiones volaron,  
y sus deseos con ellas.  
Sola y triste la dejaron  
sufrir hasta enloquecer.  
Quedaba a su desventura  
un amor, una esperanza,  
un astro en la noche oscura,  
un destello de bonanza,  
un corazón que querer.  
Una voz cuya armonía  
adormecerla podría;  
a su llorar un testigo,  
a su miseria un abrigo,  
a sus ojos qué mirar.

Quedaba a su amor desnudo  
un hijo, un vástago tierno.  
Encontrarlo aquí no pudo,  
y su alma al regazo eterno  
lo fue volando a buscar.  
Murió; por siempre cerrados  
están sus ojos cansados  
de errar por llanura y cielo,  
de sufrir tanto desvelo,  
de afanar sin conseguir.

El atractivo está yerto  
de su mirar. Ya el desierto,  
su último asilo, los rastros  
de tan hechiceros astros  
no verá otra vez lucir.

Pero de ella aún hay vestigio.  
¿No veis el raro prodigio?  
Sobre su cándida frente  
aparece suavemente  
un prestigio encantador.  
Su boca y tersa mejilla  
rosada entre nieve brilla,  
y revive en su semblante  
la frescura rozagante  
que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,  
y estampó en su rostro hermoso  
aquel infame hechizo,  
inalterable reposo,  
y sonrisa angelical,  
que destellan las facciones  
de una virgen en su lecho;  
cuando las tristes pasiones  
no han ajado de su pecho  
la pura flor virginal.

Entonces el que la viera,  
dormida, ¡oh Dios!, la creyera;  
deleitándose en el sueño  
con memorias de su dueño,  
llenas de felicidad.  
Soñando en la alba lucida  
del banquete de la vida

que sonríe a su amor puro;  
más  ay! en el seno oscuro  
duerme de la eternidad.

# EPÍLOGO

*Douce lumière, es-tu leur âme?  
[¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?]*

LAMARTINE

¡Oh, María! Tu heroísmo,  
tu varonil fortaleza,  
tu juventud y belleza  
merecieran fin mejor.  
Ciegos de amor el abismo  
fatal tus ojos no vieron,  
y sin vacilar se hundieron  
en él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía  
salvar quisiste a tu amante,  
y lo viste delirante  
en el desierto morir.  
¡Cuál tu congoja sería!  
¡Cuál tu dolor y amargura!  
Y no hubo humana criatura  
que te ayudase a sentir.

Se malogró tu esperanza;  
y cuando sola te viste  
también mísera caíste  
como árbol cuya raíz  
en la tierra ya no afianza  
su pompa y florido ornato.  
Nada supo el mundo ingrato  
de tu constancia infeliz.

Naciste humilde y oculta  
como diamante en la mina;  
la belleza peregrina  
de tu noble alma quedó.  
El desierto la sepulta,  
tumba sublime y grandiosa,  
do el héroe también reposa  
que la gozó y admiró.

El destino de tu vida  
fue amar; amor tu delirio,  
amor causó tu martirio;  
te dio sobrehumano ser;  
y amor, en edad florida,  
sofocó la pasión tierna  
que, omnipotencia, de eterna  
trajo consigo al nacer.

Pero no triunfa el olvido,  
de amor, ¡oh, bella María!,  
que la virgen poesía  
corona te forma ya  
de ciprés entretejido  
con flores que nunca mueren;  
y que admiren y veneren  
tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,  
inhospitable morada,  
que no siempre sosegada  
mira el astro de la luz;  
descollando en una altura,  
entre agreste flor y hierba,  
hoy el caminante observa

una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre  
la copa extensa y tupida  
de un ombú<sup>[26]</sup> donde se anida  
la altiva águila real;  
y la varia muchedumbre  
de aves que cría el desierto  
se pone en ella a cubierto  
del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano  
plantó aquel árbol benigno,  
ni quién a su sombra, el signo  
puso de la redención.  
Cuando el cautivo cristiano  
se acerca a aquellos lugares,  
recordando sus hogares,  
se postra a hacer oración.

Fama es que la tribu errante,  
si hasta allí llega embebida  
en la caza apetecida  
de la gama y avestruz,  
al ver del ombú gigante  
la verdosa cabellera,  
suelta al potro la carrera  
gritando: ¡allí está la cruz!

Y revuelve atrás la vista  
como quien huye aterrado,  
creyendo se alza el airado,  
terrible espectro de Brián.  
Pálido, el indio exorcista,  
el fatídico árbol nombra;



ni a hollar se atreven su sombra  
los que de camino van.

También el vulgo asombrado  
cuenta que en la noche oscura  
suelen en aquella altura  
dos luces aparecer;  
que salen y habiendo errado  
por el desierto tranquilo,  
juntas a su triste asilo  
vuelven al amanecer.

Quizás mudos habitantes  
serán del páramo aerio,  
quizás espíritus, ¡misterio!,  
visiones del alma son.  
Quizá los sueños brillantes  
de la inquieta fantasía,  
forman coro en la armonía  
de la invisible creación.

# APÉNDICE

## Prólogo del autor a las Rimas

El principal designio del autor de *La Cautiva* ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto; y para no reducir su obra a una mera descripción, ha colocado, en las vastas soledades de la Pampa, dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio. El suceso que poetiza, si no cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta contar menuda y circunstancialmente a guisa de cronista y novelador, ha escogido solo, para formar su cuadro, aquellos lances que pudieran suministrar más colores locales al pincel de la poesía; o más bien, ha esparcido en torno de las dos figuras que lo componen, algunos de los más peculiares ornatos de la naturaleza que las rodea. El Desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional. Nada le compete anticipar sobre el fondo de su obra; pero hará notar que por una parte predomina en *La Cautiva* la energía de la pasión manifestándose por actos; y por otra el interno afán de su propia actividad, que poco a poco consume, y al cabo aniquila de un golpe, como el rayo, su débil existencia.

La marcha y término de todas las pasiones intensas, se realicen o no, es idéntica. Si satisfechas, la eficacia de la fruición las gasta, como el rozo los muelles de una máquina: si burladas se evaporan en votos impotentes o matan; porque el estado verdaderamente apasionado es estado febril y anormal en el cual no puede nuestra frágil naturaleza permanecer mucho tiempo, y que debe necesariamente hacer crisis. De intento usa a menudo de locuciones vulgares y nombra las cosas por su nombre, porque piensa que la poesía consiste principalmente en las ideas, y porque no siempre, como aquellas, no logran los circunloquios poner de bulto el objeto ante los ojos. Si esto choca a algunos acostumbrados a la altisonancia de voces y al pomposo follaje de la poesía para

solo los sentidos, suya será la culpa, puesto que buscan, no lo que cabe en las miras del autor, sino lo que más con su gusto se aviene. Por desgracia esa poesía ficticia, hecha toda de hojarasca brillante, que se fatiga por huir del cuerpo al sentido recto y anda siempre como a caza de rodeos y voces campanudas para decir nimiedades tiene muchos partidarios; y ella sin duda ha dado margen a que vulgarmente se crea que la poesía exagera y miente. La poesía ni miente ni exagera. Solo los oradores gerundios y los poetas sin alma toman el oropel y el rimbombó de las palabras por elocuencia y poesía. El poeta, es cierto, no copia sino a veces la realidad tal cual aparece comúnmente a nuestra vista; porque ella se muestra llena de imperfecciones y máculas, y aquesto seria obrar contra el principio fundamental del arte que es representar lo Bello: empero él toma lo natural, lo real, como el alfarero la arcilla, como el escultor el mármol, como el pintor los colores; y con los instrumentos de su arte, lo embellece y artiza conforme a la traza de su ingenio; a imagen y semejanza de las arquetipas concepciones de su ineligencia. La naturaleza y el hombre le ofrecen colores primitivos y que él mezcla y combina en su paleta; figuras bosquejadas, que él coloca en relieve, retoca y caracteriza; arranques instintivos, altas y generosas ideas, que él convierte en simulacros excelsos de inteligencia y libertad, estampando en ellos la más brillante y elevada forma que pueda concebir el humano pensamiento. Ella es como la materia que trasforman sus manos y anima su inspiración. El verdadero poeta idealiza. Idealizar es sustituir a la tosca e imperfecta realidad de la naturaleza, el vivo trasunto de la acabada y sublime realidad que nuestro espíritu alcanza. La belleza física y moral, así concebida, tanto en las ideas y afectos del hombre como en sus afectos, tanto en Dios como en sus magnificas obras, he aquí la inagotable fuente de la poesía, el principio y meta del Arte, y la alta esfera en que se mueven sus maravillosas creaciones. Hay otra poesía que no se encumbra tanto coma la que primero mencionamos; que más humilde y pedestre viste sencillez prosaica, copia lo vulgar porque no ve lo poético, y a todo su gusto en llevar por únicas galas el verse y la rima. Una y otra se paran y embelesan en la contemplación de la corteza; no buscan el fondo de la poesía porque lo desconocen, y jamás, por lo mismo, ni sugieren una idea ni mueven, ni arrebatan. Ambas careciendo de sustancia, son insípidas como fruto sin sazón. El público dirá si estas Rimas tienen parentesco inmediato con alguna de ellas.

La forma, es decir, la elección del metro, la exposición y estructura de La

Cautiva, son exclusivamente del autor; quien no reconociendo forma alguna normal en cuyo molde deban necesariamente vaciarse las concepciones artísticas, ha debido escoger la que mejor cuadrarse a la realización de su pensamiento.

Si el que imita a otra no es poeta, menos será el que, antes de darlo a luz, mutila su concepto para poderlo embutir en un patrón dado, pues esta operación mecánica prueba carencia de facultad generatriz. La forma artística esta como asida al pensamiento, nace con él, lo encarna y le da propia y característica expresión. Por no haber alcanzado este principio, los preceptistas han clasificado la poesía, es decir, lo mas intimo que produce la inteligencia, como el mineralogista los cristales, por su figura y apariencia externa; y han inventado porción de nombres que nada significan, como las églogas, idilios etc., y aplicándolo cada uno de los géneros especiales en que la subdividieron. Para ellos y su secta la poesía se reduce a imitaciones y modelos, y todo el labor del poeta debe ceñirse componer algo que amoldándose y algún ejemplar conocido sea digno de entrar en sus arbitrarias clasificaciones, so pena de cerrarle, si contraviene, todas las puertas y resquicios de su parnaso. Así fue como, preocupados con su doctrina, la mayor parte de los poetas españoles se empeñaron únicamente en llenar tomos de idilios, églogas, sonetos, canciones y anacreónticas; y malgastaron su ingenio en lindas trivialidades que empalagan, y no dejan rastro alguno en el corazón o el entendimiento.

En cuanto al metro octosílabo en que va escrito este tomo, solo dirá que; un día se apasionó de él, a pesar del descrédito a que lo habían reducido los copleros, por parecerle uno de los más hermosos y flexibles de nuestro idioma; y quiso hacerle recobrar el lustre de que gozaba en los más floridos tiempos de la poesía castellana, aplicándolo a la expresión de ideas elevadas y de profundos afectos. Habrá conseguido su objeto si el lector al recorrer sus Rimas no echa de ver que está leyendo octosílabos.

El metro, o mejor, el ritmo, es la música por medio de la cual; la poesía cautiva los sentimientos y obra con más eficacia en el alma. Ora vago y pausado, remeda el reposo y las cavilaciones de la melancolía. Ya sonoro y veloz la tormenta de los afectos: con una disonancia hiere, con una armonía hechiza; y hace como dice P. Schlegel, fluctuar el ánimo antre el recuerdo y la esperanza pareando o alternando sus rimas. El diestro tañedor modula con él en todos los tonos del sentimiento, y se eleva al sublime concierto del entusiasmo y de la pasión.

No hay, pues, sin ritmo poesía completa. Instrumento del arte debe en manos

del poeta, armonizar con la inspiración, y ajustar sus compases al vario movimiento de los afectos. De aquí nace la necesidad de cambiar a veces de metro, para retener o acelerar la voz, y dar, por decirlo así, al canto, las entonaciones conformes al efecto que se intenta producir.

El “Himno al dolor” y los “Versos al corazón” son de la época de Los Consuelos, o melodías de la misma lira. Aun cuando parezcan desahogos del sentir individual, las ideas que contienen pertenecen a la humanidad; puesto que el corazón del hombre fue formado de la misma sustancia y animado por el mismo soplo.

# EL MATADERO

A pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos. Tengo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración pasaban por los años de Cristo del 183... Estábamos, a más, en cuaresma, época en que escasea la carne en Buenos Aires, porque la Iglesia, adoptando el precepto de Epicteto, sustine, abstine (sufre, abstente), ordena vigilia y abstinencia a los estómagos de los fieles a causa de que la carne es pecaminosa, y, como dice el proverbio, busca a la carne. Y como la Iglesia tiene ab initio, y por delegación directa de Dios, el imperio inmaterial sobre las conciencias y estómagos, que en manera alguna pertenecen al individuo, nada más justo y racional que vede lo malo.

Los abastecedores, por otra parte, buenos federales, y por lo mismo buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamiento, sólo traen en días cuaresmales al matadero los novillos necesarios para el sustento de los niños y los enfermos dispensados de la abstinencia por la bula y no con el ánimo de que se harden algunos herejotes, que no faltan, dispuestos siempre a violar las mandamientos carnificinos de la Iglesia, y a contaminar la sociedad con el mal ejemplo.

Sucedió, pues, en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa. Los caminos se anegaron; los pantanos se pusieron a nado y las calles de entrada y salida a la ciudad rebosaban en acuoso barro. Una tremenda avenida se precipitó de repente por el Riachuelo de Barracas, y extendió majestuosamente sus turbias aguas hasta el pie de las barrancas del Alto. El Plata, creciendo embravecido, empujó esas aguas que venían buscando su cauce y las hizo correr hinchadas por sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos, y extenderse como un lago inmenso por todas las bajas tierras. La ciudad circunvalada del Norte al Oeste por una cintura de agua y barro, y al Sur por un piélagos blanquecino en cuya superficie flotaban a la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando la protección del Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y

beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el púlpito a puñetazos. “Es el día del juicio” –decían–, el fin del mundo está por venir. La cólera divina rebosando se derrama en inundación. ¡Ay de vosotros, pecadores! ¡Ay de vosotros, unitarios impíos que os mofáis de la Iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ay de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujir de dientes y de las frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia del Dios de la Federación os declarará malditos.”

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios.

Continuaba, sin embargo, lloviendo a cántaros y la inundación crecía, acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron a tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador, quien parece no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron a amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta batahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el obispo, hasta la barranca de Balcarce, donde millares de voces, conjurando al demonio unitario de la inundación, debían implorar la misericordia divina.

Feliz, o mejor, desgraciadamente, pues la cosa habría sido de verse, no tuvo efecto la ceremonia, porque bajando el Plata, la inundación se fue poco a poco escurriendo en su inmenso lecho, sin necesidad de conjuro ni plegarias.

Lo que hace principalmente a mi historia es que por causa de la inundación estuvo quince días el matadero de la Convalecencia sin ver una sola cabeza vacuna, y que en uno o dos, todos los bueyes de quinteros y aguateros se consumieron en el abasto de la ciudad. Los pobres niños y enfermos se alimentaban con huevos y gallinas, y los gringos y herejotes bramaban por el beefsteak y el asado. La abstinencia de carne era general en el pueblo, que nunca se hizo más digno de la bendición de la Iglesia, y así fue que llovieron sobre él millones y millones de indulgencias plenarias. Las gallinas se pusieron a seis pesos y los huevos a cuatro reales, y el pescado carísimo. No hubo en aquellos días

cuaresmales promiscuaciones ni excesos de gula; pero, en cambio, se fueron derecho al cielo innumerables ánimas, y acontecieron cosas que parecen soñadas.

No quedó en el Matadero ni un solo ratón vivo de muchos millares que allí tenían albergue. Todos murieron o de hambre o ahogados en sus cuevas por la incesante lluvia. Multitud de negras rebusconas de achuras, como los caranchos de presa, se desbandaron por la ciudad como otras tantas arpías prontas a devorar cuanto hallaran comible. Las gaviotas y los perros, inseparables rivales suyos en el Matadero, emigraron en busca de alimento animal. Porción de viejos achacosos cayeron en consunción por falta de nutritivo caldo; pero lo más notable que sucedió fue el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que cometieron el desacato de darse un hartazgo de chorizos de Extremadura, jamón y bacalao, y se fueron al otro mundo a pagar el pecado cometido por tan abominable promiscuación.

Algunos médicos opinaron que, si la carencia de carne continuaba, medio pueblo caería en síncope por estar los estómagos acostumbrados a su corroborante jugo; y era de notar el contraste entre estos tristes pronósticos de la ciencia y los anatemas lanzados desde el púlpito por los reverendos padres contra toda clase de nutrición animal y de promiscuación en aquellos días destinados por la Iglesia al ayuno y la penitencia. Se originó de aquí una especie de guerra intestina entre los estómagos y las conciencias, atizada por el inexorable apetito, y las no menos inexorables vociferaciones de los ministros de la Iglesia, quienes, como es su deber, no transigen con vicio alguno que tienda a relajar las costumbres católicas, a lo que se agregaba el estado de flatulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos.

Esta guerra se manifestaba por sollozos y gritos descompasados en la peroración de los sermones y por rumores y estruendos subitáneos en las casas y calles de la ciudad o dondequiera concurrían gentes. Alarmóse un tanto el gobierno, tan paternal como previsor, del Restaurador, creyendo aquellos tumultos de origen revolucionario y atribuyéndolos a los mismos salvajes unitarios, cuyas impiedades, según los predicadores federales, habían traído sobre el país la inundación de la cólera divina; tomó activas providencias, desparramó sus esbirros por la población, y por último, bien informado, promulgó un decreto tranquilizador de las conciencias y de los estómagos, encabezado por un considerando muy sabio y piadoso para que a todo trance y arremetiendo por agua y todo, se trajese ganado



a los corrales.

En efecto, el décimosexto día de la carestía, víspera del día de Dolores, entró a nado, por el paso de Burgos, al Matadero del Alto una tropa de cincuenta novillos gordos; cosa poca, por cierto, para una población acostumbrada a consumir diariamente de doscientos cincuenta a trescientos, y cuya tercera parte al menos gozaría del fuero eclesiástico de alimentarse con carne. ¡Cosa extraña que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables, y que la Iglesia tenga la llave de los estómagos!

Pero no es extraño, supuesto que el diablo, con la carne, suele meterse en el cuerpo, y que la Iglesia tiene el poder de conjurarlo: el caso es reducir al hombre a una máquina cuyo móvil principal no sea su voluntad sino la de la Iglesia y el gobierno. Quizá llegue el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente. Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros abuelos, que por desgracia vino a turbar la revolución de Mayo.

Sea como fuere, a la noticia de la providencia gubernativa, los corrales del Alto se llenaron, a pesar del barro, de carniceros, de achuradores y de curiosos, quienes recibieron con grandes vociferaciones y palmoteos los cincuenta novillos destinados al Matadero.

—Chica, pero gorda —exclamaban—. ¡Viva la Federación! ¡Viva el Restaurador!

Porque han de saber los lectores que en aquel tiempo la Federación estaba en todas partes, hasta entre las inmundicias del Matadero, y no había fiesta sin Restaurador como no hay sermón sin San Agustín. Cuentan que al oír tan desaforados gritos las últimas ratas que agonizaban de hambre en sus cuevas, se reanimaron y echaron a correr desatentadas, conociendo que volvían a aquellos lugares la acostumbrada alegría y la algazara precursora de abundancia.

El primer novillo que se mató fue todo entero de regalo al Restaurador, hombre muy amigo del asado. Una comisión de carniceros marchó a ofrecérselo en nombre de los federales del Matadero, manifestándole in voce su agradecimiento por la acertada providencia del gobierno, su adhesión ilimitada al Restaurador y su odio entrañable a los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres. El Restaurador contestó a la arenga, rinforsando sobre el mismo tema, y concluyó la ceremonia con los correspondientes vivas y vociferaciones de los espectadores y actores. Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de su Ilustrísima

para no abstenerse de carne, porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo aceptando semejante regalo en día santo.

Siguió la matanza, y en un cuarto de hora cuarenta y nueve novillos se hallaban tendidos en la playa del Matadero, desollados unos, los otros por desollar. El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco, aunque reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata. Pero para que el lector pueda percibirlo a un golpe de ojo, preciso es hacer un croquis de la localidad.

El Matadero de la Convalecencia del Alto, sito en las quintas del sur de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular, colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa, con declive al Sur, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce recoge en tiempo de lluvia toda la sangraza seca o reciente del Matadero. En la junción del ángulo recto, hacia el Oeste, está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua, con corredor al frente, que da a la calle, y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique, de ñandubay, con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal, en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro, y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el juez del Matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros, y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república, por delegación del Restaurador. Fácil es calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruin y pequeño que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible juez y no resaltar sobre su blanca pintura los siguientes letreros rojos: “Viva la Federación”, “Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra”, “Mueran los salvajes unitarios”. Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del Matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra

Balcarce. Es el caso que, en un aniversario de aquella memorable hazaña de la Mazorca, los carniceros festejaron con un espléndido banquete, en la casilla, a la heroína, banquete al que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí, en presencia de un gran concurso, ofreció a los señores carniceros, en un solemne brindis, su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del Matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla, donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del Matadero, a la distancia, era grotesca, llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros, y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distintas. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero, con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá, y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían, caracoleando y siguiendo los movimientos, una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las arpías de la fábula, y, entremezclados con ellas algunos enormes mastines, olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas, toldadas con negruzco y pelado cuero, se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa, y algunos jinetes, con el poncho calado y el lazo prendido al tientto, cruzaban por entre ellas, al tranco, o, reclinados sobre el pescuezo de los caballos, echaban ojo indolente sobre uno de aquellos animados grupos, al paso que, más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules, que habían vuelto de la emigración al olor de carne, revoloteaban, cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del Matadero y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas actitudes y se desparramaban corriendo como si en medio de ellos cayese alguna bala perdida, o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era que, inter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos de su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél, de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura salía, de cuando en cuando, una mugrienta mano a dar un tarascón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos

y explosión de cólera del carnicero, y el continuo hervidero de los grupos, dichos y gritería descompasada de los muchachos.

–Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía –gritaba uno.

–Aquél lo escondió en el alzapón –replicaba la negra.

–¡Che! negra bruja, salí de aquí antes de que te pegue un tajo –exclamaba el carnicero.

–¿Qué le hago, ño Juan? ¡No sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.

–Son para esa bruja: a la m...

–¡A la bruja! ¡A la bruja! –repitieron los muchachos–. ¡Se lleva la riñonada y el tongorí!

Y cayeron sobre su cabeza sendos cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

Hacia otra parte, entre tanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y, resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera cuatrocientas negras destejiendo sobre las faldas el ovillo y arrancando, uno a uno, los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagos, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones, para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos, gambeteando a pie y a caballo, se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, desparramando, con ellas y su algazara, la nube de gaviotas que columpiándose en el aire, celebraban chillando la matanza. Oíanse a menudo, a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo a sus gritos y puteadas, los compañeros del rapaz, la rodeaban y azuzaban como los perros al toro, y llovían sobre ella zoquetes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Por un lado, dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo, tirándose horribles tajos y reveses; por otro, cuatro, ya adolescentes, ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y no de ellos distante, porción de perros, flacos ya de la forzosa abstinencia, empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era éste del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin, la escena que se representaba en el Matadero era para vista, no para escrita.

Un animal había quedado en los corrales, de corta y ancha cerviz, de mirar fiero, sobre cuyos órganos genitales no estaban conformes los pareceres, porque tenía apariencias de toro y de novillo. Llególe su hora. Dos enlazadores, a caballo, penetraron al corral en cuyo contorno hervía la chusma a pie, a caballo y horquetada sobre sus ñudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo, varios pialadores y enlazadores de a pie con el brazo desnudo y armado del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó, y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal, prendido ya al lazo por las astas, bramaba echando espuma, furibundo, y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro, donde estaba como clavado y era imposible pialarlo. Gritánbanle, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos que estaban prendidos sobre las horquetas del corral, y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas y voces, tiples y roncas, que se desprendían de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas rodaban de boca en boca, y cada cual hacía alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza, excitado por el espectáculo o picado por el aguijón de alguna lengua locuaz.

–Hi de p... en el toro.

–Al diablo los torunos del Azul.

–Malhaya el tropero que nos da gato por liebre.

–Si, es novillo.

–¿No está viendo que es toro viejo?

–Como toro le ha de quedar. ¡Muéstreme los c... si le parece, c...o!

–Ahí los tiene entre las piernas. ¿No los ve, amigo, más grandes que la cabeza de su castaño, o se ha quedado ciego en el camino?

–Su madre sería la ciega, pues que tal hijo ha parido. ¿No ve que todo ese bulto es barro?

–Es emperrado y arisco como un unitario. –Y al oír esta mágica palabra, todos a una voz exclamaron: ¡Mueran los salvajes unitarios!

–Para el tuerto los h...

–Sí, para el tuerto, que es hombre de c... para pelear con los unitarios. El matahambre a Matasiete, degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

–A Matasiete el matahambre.

–Allá va –gritó una voz ronca, interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz–. ¡Allá va el toro!

–¡Alerta! ¡Guarda los de la puerta! ¡Allá va furioso como un demonio!

Y, en efecto, el animal, acosado por los gritos y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a entre ambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Diole el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo del asta, crujió por el aire un áspero zumbido, y al mismo tiempo se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercén, una cabeza de niño, cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

–¡Se cortó el lazo! –gritaron unos–. ¡Allá va el toro!

Pero otros, deslumbrados y atónitos, guardaron silencio, porque todo fue como un relámpago.

Desparramóse un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónito semblante, y la otra parte, compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe, se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando:

–¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guarda!

–¡Enlaza, Sietepelos!

–¡Que te agarra, botija!

–¡Va furioso; no se le pongan delante!

–¡Ataja, ataja, morado!

–¡Déle espuela al mancarrón!

–¡Ya se metió en la calle Sola!

–¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocería era infernal. Unas cuantas negras achuradoras, sentadas en hilera al borde del zanjón, oyendo el tumulto se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó, porque el animal lanzó al mirarlas un bufido aterrador, dio un brinco sesgado y siguió adelante perseguido por los jinetes. Cuentan que una de ellas se fue de cámaras; otra rezó diez salves en dos minutos, y dos prometieron a San Benito no volver jamás a aquellos malditos corrales y abandonar el oficio de achuradoras. No se sabe si cumplieron la promesa.

El toro, entre tanto, tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas que llaman Sola por no tener más de dos casas laterales, y en cuyo apozado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja a zanja. Cierta inglés, de vuelta de su saladero vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso, en un caballo algo arisco, y, sin duda, iba tan absorto en sus cálculos que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería sino cuando el toro arremetía el pantano. Azoróse de repente su caballo dando un brinco al sesgo y echó a correr dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni frenó la carrera de los perseguidores del toro, antes al contrario, soltando carcajadas sarcásticas: “¡Se amoló el gringo!; ¡levántate, gringo!”, exclamaron, cruzando el pantano, y amasaron con barro bajo las patas de sus caballos su miserable cuerpo. Saltó el gringo, como pudo, después, a la orilla, más con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirrojo. Más adelante, al grito de ¡al toro, al toro!, cuatro negras achuradoras que se retiraban con su presa, se zambulleron en la zanja llena de agua, único refugio que les quedaba.

El animal, entre tanto, después de haber corrido unas veinte cuerdas en distintas direcciones, azorando con su presencia a todo viviente, se metió por la tranquera de una quinta, donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba brío y colérico ceño; pero rodeábalo una zanja profunda y un tupido cerco de pitas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores, que se hallaban desbandados, y resolvieron llevarlo en un señuelo de bueyes para que expiase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga, el toro estaba otra vez en el Matadero, donde la

poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el pantano excitaba principalmente la risa y el sarcasmo. Del niño degollado por el lazo no quedaba sino un charco de sangre: su cadáver estaba en el cementerio.

Enlazaron muy luego por las astas al animal, que brincaba haciendo hincapié y lanzando roncós bramidos. Echáronle, uno, dos, tres piales, pero infructuosos; al cuarto quedó prendido en una pata: su brío y su furia redoblaron; su lengua, estirándose convulsiva, arrojaba espuma, su nariz humo, sus ojos miradas encendidas.

–¡Desjarreten ese animal! –exclamó una voz imperiosa. Matasiete se tiró al punto del caballo, cortóle el garrón de una cuchillada y, gambeteando en torno de él, con su enorme daga en mano se la hundió al cabo hasta el puño en la garganta, mostrándola en seguida humeante y roja a los espectadores. Brotó un torrente de la herida, exhaló algunos bramidos roncós, vaciló y cayó el soberbio animal entre los gritos de la chusma que proclamaba a Matasiete vencedor y le adjudicaba en premio el matahambre. Matasiete extendió, como orgulloso, por segunda vez el brazo y el cuchillo ensangrentado, y se agachó a desollarlo con otros compañeros.

Faltaba que resolver la duda sobre los órganos genitales del muerto, clasificado provisoriamente de toro por su indomable fiereza; pero estaban todos tan fatigados de la larga tarea, que lo echaron por lo pronto en olvido. Mas de repente una voz ruda exclamó:

–¡Aquí están los huevos! –Y sacando de la barriga del animal y mostrándolos a los espectadores exhibió dos enormes testículos, signo inequívoco de su dignidad de toro. La risa y la charla fue grande; todos los incidentes desgraciados pudieron fácilmente explicarse. Un toro en el Matadero era cosa muy rara, y aun vedada. Aquél, según reglas de buena policía, debía arrojarse a los perros; pero había tanta escasez de carne y tantos hambrientos en la población, que el señor Juez tuvo a bien hacer ojo lerdo.

En dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Matasiete colocó el matahambre bajo el pellón de su recado y se preparaba a partir. La matanza estaba concluida a las doce, y la poca chusma que había presenciado hasta el fin se retiraba en grupos de a pie y de a caballo, o tirando a la cincha algunas carretas cargadas de carne.

Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó:



–¡Allí viene un unitario! –y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo como herida de una impresión subitánea.

–¿No le ven la patilla en forma de U? No trae divisa en el fraque ni luto en el sombrero.

–Perro unitario.

–Es un cajetilla.

–Monta en silla como los gringos.

–La mazorca con él.

–¡La tijera!

–Es preciso sobarlo.

–Trae pistoleras por pintar.

–Todos esos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

–¿A que no te le animas, Matasiete?

–¿A qué no?

–A que sí.

Matasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo o el caballo, no hablaba y obraba. Lo habían picado: prendió la espuela a su caballo y se lanzó a brida suelta al encuentro del unitario.

Era éste un joven como de veinticinco años, de gallarda y bien apuesta persona, que, mientras salían en borbotón de aquellas desafortunadas bocas las anteriores exclamaciones, trotaba hacia Barracas, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando, empero, las significativas miradas de aquel grupo de dogos de matadero, echó maquinalmente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa, cuando una pechada al sesgo del caballo de Matasiete lo arroja de los lomos del suyo tendiéndolo a la distancia, boca arriba y sin movimiento alguno.

–¡Viva Matasiete! –exclamó toda aquella chusma, cayendo en tropel sobre la víctima como los caranchos rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Atolondrado todavía, el joven fue lanzando una mirada de fuego sobre aquellos hombres feroces, hacia su caballo, que permanecía inmóvil no muy distante, a buscar en sus pistolas el desagravio y la venganza. Matasiete, dando un salto, le salió al encuentro, y, con fornido brazo, asiéndolo de la corbata, lo tendió en el suelo, tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola a su garganta.

Una tremenda carcajada y un nuevo viva estentóreo volvió a vitorearlo.

¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales! ¡Siempre en pandillas cayendo como buitres sobre la víctima inerte!

–Degüéllalo, Matasiete; quiso sacar las pistolas. Degüéllalo como al toro.

–Pícaro unitario. Es preciso tusarlo.

–Tiene buen pescuezo para el violín.

–Tócale el violín

–Mejor es la resbalosa.

–Probemos –dijo Matasiete, y empezó sonriendo a pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimía el pecho y con la siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

–No, no lo degüellen –exclamó de lejos la voz imponente del Juez del Matadero que se acercaba a caballo.

–A la casilla con él, a la casilla. Preparen la mazorca y las tijeras. ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador de las leyes!

–¡Viva Matasiete!

“¡Mueran!” “¡Viva!” –repitieron en coro los espectadores, y, atándolo codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias, arrastraron al infeliz joven al banco del tormento, como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fornida mesa de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes sino para dar lugar a las ejecuciones y torturas de los sayones federales del Matadero. Notábase además, en un rincón, otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apuntes, y porción de sillas entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el Juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas, cantaba al son de la guitarra la resbalosa, tonada de inmensa popularidad entre los federales, cuando la chusma, llegando en tropel al corredor de la casilla, lanzó a empellones al joven unitario hacia el centro de la sala.

–A ti te toca la resbalosa –gritó uno.

–Encomienda tu alma al diablo.

–Está furioso como toro montaraz.

–Ya te amansará el palo.

–Es preciso sobarlo.

–Por ahora verga y tijera.

–Si no, la vela.

–Mejor será la mazorca.

–Silencio y sentarse –exclamó el Juez, dejándose caer sobre su sillón.

Todos obedecieron, mientras el joven, de pie, encarando al Juez, exclamó con voz preñada de indignación:

–¡Infames sayones!, ¿qué intentan hacer de mí?

–¡Calma! –dijo sonriendo el Juez–, no hay que encolerizarse. Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión. Su pálido y amoratado rostro, su voz, su labio trémulo, mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego parecían salirse de la órbita, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

–¿Tiemblas? –le dijo el Juez.

–De rabia, porque no puedo sofocarte entre mis brazos.

–¿Tendrías fuerza y valor para eso?

–Tengo de sobra voluntad y coraje para ti, infame.

–A ver las tijeras de tusar mi caballo, túsenlo a la federala.

Dos hombres le asieron, uno de la ligadura del brazo, otro de la cabeza y en un minuto cortáronle la patilla que poblaba toda su barba por bajo, con risa estrepitosa de sus espectadores.

–A ver –dijo el Juez–, un vaso de agua para que se refresque.

–Uno de hiel te daría yo a beber, infame.

Un negro petiso púsosele al punto delante con un vaso de agua en la mano. Dióle el joven un puntapié en el brazo y el vaso fue a estrellarse en el techo, salpicando el asombrado rostro de los espectadores.

–Éste es incorregible.

–Ya lo domaremos.

–Silencio –dijo el Juez–, ya estás afeitado a la federala, sólo te falta el bigote. Cuidado con olvidarlo. Ahora vamos a cuentas. ¿Por qué no traes divisa?

–Porque no quiero.

–¿No sabes que lo manda el Restaurador?

–La librea es para vosotros, esclavos, no para los hombres libres.

–A los libres se les hace llevar a la fuerza.

–Sí, la fuerza y la violencia bestial. Ésas son vuestras armas, infames. ¡El lobo, el tigre, la pantera, también son fuertes como vosotros! Deberíais andar como ellos, en cuatro patas.

–¿No temes que el tigre te despedace?

–Lo prefiero a que maniatado me arranquen, como el cuervo, una a una las entrañas.

–¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína?

–Porque lo llevo en el corazón por la patria, que vosotros habéis asesinado, infames.

–¿No sabes que así lo dispuso el Restaurador?

–Lo dispusisteis vosotros, esclavos, para lisonjear el orgullo de vuestro señor, y tributarle vasallaje infame.

–¡Insolente! Te has embravecido mucho. Te haré cortar la lengua si chistas. Abajo los calzones a ese mentecato cajetilla, y a nalga pelada denle verga, bien atado sobre la mesa.

Apenas articuló esto el Juez, cuatro sayones salpicados de sangre suspendieron al joven y lo tendieron largo a largo sobre la mesa comprimiéndole todos sus miembros.

–Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Atáronle un pañuelo por la boca y empezaron a tironear sus vestidos. Encogíase el joven, pateaba, hacía rechinar los dientes. Tomaban ora sus miembros la flexibilidad del junco, ora la dureza del fierro y su espina dorsal era el eje de movimiento parecido al de la serpiente. Gotas de sudor fluían por su rostro, grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca espuma, y las venas de su cuello y frente negreaban en relieve sobre su blanco cutis como si estuvieran repletas de sangre.

–Átenlo primero –exclamó el Juez.

–Está rugiendo de rabia –articuló un sayón.

En un momento liaron sus piernas en ángulo a los cuatro pies de la mesa, volcando su cuerpo boca abajo. Era preciso hacer igual operación con las manos, para lo cual soltaron las ataduras que las comprimían en la espalda. Sintiéndolas libres, el joven, por un movimiento brusco en el cual pareció agotarse toda su fuerza y vitalidad, se incorporó primero sobre sus brazos, después sobre sus rodillas, y se desplomó al momento murmurando:

–Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Sus fuerzas se habían agotado. Inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven, y extendiéndose empezó a caer a chorros por entrambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles y los espectadores estupefactos.

–Reventó de rabia el salvaje unitario –dijo uno.

–Tenía un río de sangre en las venas –articuló otro.

–Pobre diablo, queríamos únicamente divertirnos con él, y tomó la cosa demasiado a lo serio –exclamó el Juez frunciendo el ceño de tigre–. Es preciso dar parte, desátenlo y vamos.

Verificaron la orden; echaron llave a la puerta y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del Juez cabizbajo y taciturno.

Los federales habían dado fin a una de sus innumerables proezas.

En aquel tiempo los carniceros degolladores del Matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la Federación rosina, y no es difícil imaginarse qué Federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la Federación estaba en el Matadero.



JOSÉ ESTEBAN ECHEVERRÍA (Buenos Aires, 1805 - Montevideo, 1851)  
Escritor argentino, una de las figuras fundamentales del romanticismo argentino e hispanoamericano. Hijo de español y criolla, quedó huérfano de padre a temprana edad. Confesó luego haber llevado una vida disipada entre los quince y los dieciocho años, pero fue buen alumno en el estricto Colegio de Ciencias Morales hasta 1823, cuando lo abandonó para dedicarse al comercio.

Entre los años 1826 y 1830, el joven Echeverría, becado por el gobierno de Rivadavia para formarse profesionalmente en París, tuvo la oportunidad de observar de cerca el auge del movimiento romántico francés, llegado de Alemania a principios del siglo XIX de la mano del vizconde de Chateaubriand y de Madame de Staël. No era ajeno a esta nueva tendencia artística y literaria un sesgo utópico, de carácter socialista y liberal, que se enriquecía con el aporte de pensadores como Saint-Simon y Gaston Leroux.

Las notas salientes del romanticismo, como la exaltación del color local, el estudio de la historia nacional o la búsqueda de un lenguaje propio como elemento

diferenciador de una cultura, no dejaron de llamar la atención de Echeverría, quien las vio como un catálogo de principios susceptibles de ser trasladados a la nueva realidad americana. En efecto, tales principios estéticos y filosóficos parecían adecuarse a la perfección a los ideales de la Revolución de 1810.

Ya en Buenos Aires y con Rosas en el gobierno, Echeverría publicó de manera anónima, en 1832, *Elvira o la novia del Plata*. Considerada como la primera obra romántica de la América de habla castellana y una de las primeras de la lengua, en ella se perciben algunas marcas del nuevo ideario estético.

La importancia de esta obra, así como la de sus siguientes libros (*Los consuelos*, 1834, y *Rimas*, 1837, que contiene el célebre poema *La cautiva*), reside más en sus temas y en la oportunidad de su tratamiento que en la calidad literaria de sus versos. *La cautiva* es un extenso poema de 2.142 versos divididos en nueve partes y un epílogo; cuenta la historia del trágico destino de Brian, un soldado prisionero de los indios, y de María, su mujer, cautiva en la misma *toldería*. Pero no son las alternativas de su fuga penosa y fracasada lo que importa del poema, sino la incorporación del paisaje nacional (en este caso, el desierto argentino), el desarrollo de una temática local (las *tolderías*, los malones, los cautivos) y la utilización de algunas acepciones particulares del castellano hablado en la Argentina de la época.

Algunos de los cantos de *La cautiva* fueron leídos, en el mismo año de su publicación, en el Salón Literario que dirigía Marcos Sastre (1809-1887). En efecto, en la Librería Argentina, propiedad de Sastre (quien después destacaría como pedagogo y autor de una singular novela, *El temple argentino*, publicada en 1848), se desarrolló en 1837 una serie de reuniones, convocadas por Echeverría, para exponer y discutir temas de índole política y literaria. Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Sastre y Echeverría fueron los más destacados y entusiastas miembros del Salón.

El progresivo cariz político de la actividad del Salón provocó su clausura por parte del gobierno de Juan Manuel de Rosas. Pero algunos de los contertulios siguieron reuniéndose en la clandestinidad, y en ese marco, en junio de 1838, fue fundada la Asociación de Mayo, para la que Echeverría redactó las Palabras simbólicas, también conocidas como Credo o Creencia de la Joven Argentina. Se trata en realidad de un listado de quince enunciados que resumen el espíritu de la nueva generación; fueron aprobadas en agosto de ese mismo año, cuando la policía del gobierno de Rosas ya había descubierto la actividad clandestina de la Asociación de Mayo.

El primero de enero de 1839, ya exiliado en Montevideo, Juan Bautista Alberdi publicó el Credo de Echeverría en el periódico *El Iniciador*, bajo el título de Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina. Ese mismo año se recrudeció la represión del gobierno de Rosas para con sus opositores políticos, lo cual obligó a casi todos los miembros de la Asociación a emprender el camino del destierro: Gutiérrez y Alberdi se marcharon a Montevideo, y Echeverría a Colonia primero y a Montevideo después, donde moriría años más tarde.

En 1846, Echeverría publicó en esa ciudad el Dogma socialista, desarrollo doctrinario de las quince palabras del Credo. Su contenido se vincula al ideario demócrata liberal, por lo que la palabra "socialista" del título debe entenderse en el sentido de "social". Los románticos rioplatenses (Echeverría, pero también Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, José Mármol) iniciaron así la búsqueda de un sistema que permitiera cerrar y superar la antinomia entre unitarios y federales, al tiempo que luchaban contra el carácter autoritario del régimen rosista. En esas coordenadas se incluyen tanto el Dogma socialista como las Bases (1852) de Alberdi, el *Facundo* (1845) de Sarmiento y *Amalia* (1851) de Mármol.

También el célebre relato *El matadero*, de Echeverría (escrito entre 1838 y 1840, pero inédito hasta 1871, cuando Gutiérrez lo publicó en *La Revista del Río de la Plata*), debe ser visto en esta perspectiva, ya que a pesar de su consistente realismo



es una alegoría sobre la violencia larvada en todos los niveles de la sociedad bonaerense de entonces: tras un planteamiento de apariencia costumbrista, se cuenta la historia de un joven unitario torturado por los rosistas. Obra sin duda singular, con ella se anticipó a modos de concepción, de realización y hasta de forma que luego serían empleados por el realismo y el naturalismo europeos. La obra de Esteban Echeverría puede resultar más relevante desde el punto de vista político que desde el literario; sin embargo, su valor es insoslayable en la constitución de la literatura argentina.

# Notas

[1] Publicó, entre otros poemas, “Insurrección del sud de la provincia de Buenos Aires en octubre de 1839” (1849), “La guitarra” (1849), “Avellaneda” (1950), “El angel caído” (1846).<<

[2] La “Asociación Joven Argentina” o “Asociación de Mayo” fue fundada en 1838. Un descuido de Echeverría al fechar la cronología en 1837 llevó a que se considerara por mucho tiempo ese año como el de su fundación. Luego se ha mantenido esa fecha, no obstante, para denominar a esta generación. <<

[3] Weinberg, F., Esteban Echeverría. Ideólogo de la Segunda Revolución, Buenos Aires, Taurus, 2006, Pág. 239. <<

[4] Lotman, I., en “Teoría de la interacción de las culturas”, Criterios, 32, La Habana, 1994. <<

[5] Echeverría desarrolló a través de varios ensayos su concepción sobre la poesía. Algunos todavía inéditos y otros meros apuntes, fueron incluidos por J. M. Gutiérrez en la edición de las Obras completas. En “Fondo y forma en las obras de imaginación” afirma con énfasis que “cada concepción poética tiene en sí su propia y adecuada forma; cada artista origina sus ideas y modos de expresarlas; cada pueblo o civilización su poesía, y por consiguiente sus formas poéticas características”. (O. C., V. V) <<

[6] Capítulo VI, “Las canciones” citada en Weunberg, F., Esteban Echeverría..., pág  
69-82 <<



[7] Ibidem, pág. 117. <<

[8] Ibidem, Págs. 59-60. <<

[9] Aquí aparecen los términos regionales “huinca”, “fachinales”, “maloca”, “carancho”, “valichu”, “bolazo” y “ñacurutú”. <<

[<sup>10</sup>] Consúltese sobre este tema Juan Carlos Ghiano, “El matadero” de Echeverría y el costumbrismo, Buenos Aires, CEAL, 1968. Jitrik, N., “Forma y significación en ‘El matadero’ de Esteban Echeverría”, en El fuego de la especie, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971 <<

[11] Según Axel Gasquet en su libro *Oriente al Sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt* (Buenos Aires, Eudeba, 2007), Echeverría habría conocido a Espronceda en su estadía en París. Señala también la coincidencia o interinfluencias mutuas, ya que Espronceda también tiene en su obra una composición titulada “La cautiva” (pp. 58-60). <<

## **Notas del autor**

Se ha creído necesaria la explicación de algunas voces provinciales, por si llega este libro a manos de algún extranjero poco familiarizado con nuestras cosas. Se omite la de otras, cuya inteligencia es obvia, que el autor ha usado intencionalmente para colorir con más propiedad sus cuadros, como caballo parejero por “caballo de carrera”; beberaje, por “borrachera”; bañado, por “campo anegado”; parar la oreja el caballo por “moverla erguida” en señal de sobresalto, etc., etc.

[12] Toldería: el conjunto de chozas o el aduar del salvaje. <<

[13] Yajá: el P. Guevara hablando de esta ave, en su Historia del Paraguay, dice: «Al Yahá justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que lo rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado y fuerte con que pelea... En su canto repite estas voces: yahá, yahá, que significan, en guaraní, “vamos, vamos” de donde se le impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y, en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir yahá, yahá, como si dijeran: “vamos, vamos que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas”. Los que saben esta propiedad del Yahá, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos». En la provincia se llama Chajá o Yajá indistintamente. <<

[14] Ranchos: cabañas pajizas de nuestros campos. <<



[15] Fachinales: llámase así, en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza. <<

[16] Maloca: lo mismo que incursión o correría. <<

[17] Sabática fiesta: junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada a los pueblos cristianos por los judíos. <<

[18] Huinca: voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza. <<

[19] Carancho: ave de rapiña. <<

[20] Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en Faulkner: Valichu, comúnmente se dice Gualicho. <<

[21] Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal o piedra. <<

[22] Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño. <<



[23] Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos a la distancia aparecen en la planicie como bosques; son los oasis de la pampa. <<

[24] Ondina: deidad fantástica de las aguas. <<

[25] Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viaje a Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto. <<

[26] Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestra llanura como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío.

<<